

EL COJO ILUSTRADO

AÑO X

15 DE SEPTIEMBRE DE 1901

Nº 234

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



A LA LUZ DE LA LUNA. — Por D'Entraignes

GIOCONDA

Tuvo razón tu abuela con su cabello cano,
muy más que tú con rizos en que se enrosca el día,
para templar la fiebre de tu refr insano,
con el fulgor de luna de su melancolía.

(Aun me parece verla contar con mano seca
y trémula su viejo rosario de amatistas
al claro de las tardes, ó hilándose en la rueca
recuerdos y batistas);

(Tú en tanto, acurrucada junto á sus pies, con manos
más firmes que las suyas, pero no más hermosas,
de nuestra reina Blanca de Nieve y sus Enanos,
desflorabas las bellas páginas milagrosas).

Si hoy te mirara presa de inmensas agonías,
ella que duerme bajo de céspedes y flores,
quizá te suspirara su reprensión: «No rías
así! que tengo miedo de que mañana llores!»

Más tú refas siempre, con ímpetu que espanta;
tu carcajada estaba como en las saturnales,
presta á sonar un áureo repique en tu garganta
ó entre tus labios, viva campana de corales.

Y al fin dilapidaste tus júbilos, María.
Cuitada juglaresa tus crótalos perdiste.....
Tuvo razón tu abuela que nunca se refa:
ya ves, vivió cien años y siempre estuvo triste.....

AMADO NERVO.

París, 1901.

LOS OJOS NEGROS DE JULIA

¿Eva era rubia? NÓ. Con negros ojos
vió la manzana del jardín: con labios
rojos probó su miel; con labios rojos
que saben hoy más ciencia que los sabios.

Venus tuvo el azul en sus pupilas,
pero su hijo no. Negros y fieros
encienden á las tórtolas tranquilas
los dos ojos de Eros.

Los ojos de las reinas fabulosas,
de las reinas magníficas y fuertes,
tenían las pupilas tenebrosas
que daban los amores y las muertes.

Pentesilea, reina de amazonas,
Judith, espada y fuerza de Bhetulia,
Cleopatra, encantadora de coronas,
la luz tuvieron de tus ojos, Julia.

Luz negra, que más luz que es la luz blanca
del Sol, y las azules de los cielos,
luz que el más rojo resplandor arranca
al diamante terrible de los celos.

Luz negra, luz divina, luz que alegra
la luz meridional, luz de las niñas
de las grandes ojerás, ¡oh luz negra
que hace cantar á Pan bajo las vífias!

RUBÉN DARÍO.



LA CONDESITA EN EL PARAÍSO

UNA hermosa mañana, muy hermosa, murió la Condesita sin que hubiera precedido ninguna enfermedad. Murió súbitamente. Impropio sería decir que fue aquella muerte un suceso gracioso, elegante ó algo por el estilo; pero sí se puede asegurar, que sopló la Muerte sobre la Condesita su aliento helado, de modo suave y dulce, y que sin el más pequeño signo de sufrimiento ó dolor, abandonó su alma la investidura terrenal.

Como rara, rarísima vez dejaba la Condesita de oír misa de once; como era de las del mes de María en San Pedro de Chaillot, y como además, había invitado á comer con ella,—á lo menos, dos veces por año, á S. Sa.—el Co-adjutor, la Condesita, al morir, se fué *dechito* al Paraíso.

Y en esto, digámoslo en justicia, no experimentó la Condesita la menor impresión ni la sorpresa más pequeña.

Porque el Paraíso era exactamente como ella siempre se lo había supuesto; es decir: una inmensa sala de baile con columnas de mármol blanco que sostienen un elevado cielo raso color azul celeste, y del cual están prendidas muchísimas arañas, refulgentes como el oro ó como soles.

Allí se encontraba una multitud innumerable de bienaventurados de ambos sexos. Los hombres de *frac* y corbata blanca, y las mujeres con trajes escotados.

Era, á no quedar duda, una selecta reunión, por demás elegante; *chic* en extremo.

Porque no se encontraba entre tantos, un solo vestir que fuese de dudoso aspecto, ni una fisonomía vulgar ó tosca.

Como la Condesita lo había creído, había en el cielo dos Paraísos. Uno, en el que ella estaba, particular ó exclusivo para los miembros de los grandes clubs de París ó del extranjero, y para las hijas, madres, esposas y hermanas de ellos; y otro, para el uso y servicio diario de la generalidad de los mortales, de los abastecedores y sirvientes.

Encantada la recién elegida, reclinóse en un primoroso sofá Luis xv escudriñando con ojo avisor, el brillante mobiliario del buen Dios. Y decíase la Condesita para sus adentros: indudablemente que tiene más gusto este Señor, del que pudiera suponersele á otro cualquiera que hubiera creado el campo y los campesinos.

Y tenía razón la Condesita.

II

Habiase apenas sentido, cuando una orquesta celestial dejó oír los primeros compases de una bella melodía vienense, muy parecida, mucho, á la del valse *Bello azul Danubio*.

La Condesita, que era loca por el baile, se estremeció de alegría.

Una vez más diremos, que el Paraíso era puntualmente como la Condesita se lo había figurado.

Ya las parejas se habían puesto de pie, unas, y otras giraban en rauda vuelo en medio de torrentes de luz vivísima, cuando sintió vivo temor de no tener una *toilette* conveniente, y si se quiere, lujosa.

Sin embargo, el espejo más inmediato, sobre el que lanzó como chispa eléctrica, rápida mirada, la vió sonreír tan confiada como satisfecha. ¿Cuál la causa de aquella significativa sonrisa? Muy sencilla. Al morir la Condesita, habíanle puesto, (obedeciendo, sin duda, á á un sentimiento piadoso y tierno), su magnífico traje de falla *fraise ecrasée*, que tanto prefería ella, y con el que tanta sensación había producido en la tertulia japonesa del Palacio de B.....

En aquel instante, un joven que deseaba bailar, dirigióse á ella, y muy galantemente la invitó.

Mas, si bien es cierto que estaba la Condesita desesperada por bailar, también lo es que estaba un tanto esquivada para dar su consentimiento.

Y esto, fácilmente se comprende. Aquel caballero no le había sido presentado.

Adivinó éste la causa de aquella renuencia, y no tardó en dar su nombre y presentárselo. Y el que hablaba era no menos que San Jorge, el vencedor ilustre del dragón.

La Condesita,—que había aprendido la Vida de los Santos en el Sagrado Corazón,—se acordó entonces, y muy al caso, que cuando este bienaventurado vivía en el mundo, había sido Príncipe real de Capadocia; y como si se trata-

se del mismo Gran Duque Vladimiro, dijole con la más graciosa cortesía: Sí, Monseñor.

Y en el acto, como impulsados por los genes del movimiento, lanzáronse en el torbellino de los danzantes. Él, alabeado un poco, en arco el brazo y muy correcto. Ella, con su preciosa cabeza brevemente inclinada; lánguida un tanto la mirada, y ligera como una ave.

Bailaron primero á la derecha, después á la izquierda; luego hacia adelante y hacia atrás. Ya al terminar la *soirée*, propúsole la Condesita bailar el *boston*, (nuevo baile americano); y como el pareja lo ignorase, tuvo ella la galantería de enseñárselo en el acto.

Todo iba á pedir de bocas, si no se contara con que las mujeres hacían ya comentarios sobre el escote no muy católico, y el color audaz del espléndido traje *fraise ecrasée*, que comenzaba á causar en el Paraíso, una sensación, si nó superior, por lo menos igual, á la que produjo en la fiesta japonesa.

Por lo que respecta á los bienaventurados que se hallaban dominados por la magia del encanto, apenas si otra cosa podían hacer que admirar el adorable rostro, el cuello de cisne y el blanco y turgente seno de la Condesita, que había tenido siempre por costumbre escotar sus vestidos, hasta un lunar lindísimo que tenía artísticamente colocado: hasta allí, sí, ni más ni menos.

Cuanto á las beatas ó bienaventuradas, pronto sintieron el torcedor de los celos; y con tanta celeridad como discreción, hicieron llegar al conocimiento de San Pedro, que acababa de entrar en el Paraíso una señora sola, que nadie conocía, que bailaba valse nuevos, y que se vestía como se viste una *cocotte*.

Siento decirlo; pero fue ésta la expresión indecorosa que empleó Santa Catalina, patrona de las semi-viejas solteronas. Supongo yo que la buena Santa á quien se le ha caído mucho el cabello á fuerza de tenerlo siempre como en prensa, envidiaba, en secretos del corazón, la espléndida cabellera *auburn* de la hermosa Condesita.

Como quiera que sea, llegaba el valse á su postrera parte, cuando uno de los bedeles del Cielo, de los más mal encarados, por cierto, rogó á la dama tuviese la bondad de ir con él á la presencia de San Pedro.

Era casi un escándalo.

San Jorge, que temía quedar comprometido, tuvo la prudencia de ocultarse; en tanto que la malaventurada Condesita, enteramente cortada y sorprendida, seguía automáticamente al bedel encargado de conducirla hasta el despacho de San Pedro; más propiamente, del Príncipe de los Apóstoles, quien, como se sabe, desempeña al lado del buen Dios, funciones análogas á las del difunto M. Bocher cerca de los Príncipes de Orleans.

—Señora, dijo San Pedro después de haber confirmado la identidad de la Condesita,—debéis saber que una mujer sola en el Paraíso, como en todas partes, está expuesta á comentarios, y aun, á situaciones muy desagrables. Debo deciroslo con sinceridad: estas buenas beatas ó santas os habían tomado por una mujer liviana.

Sintióse la Condesita profundamente humillada. Callaba, pero se mordía los labios.

De cualquier modo que sea,—agregó el administrador general del Paraíso:—Importa, lo más pronto posible, regularizar vuestro estado. El buen Dios no quiere tener aquí sino hogares constituidos, ó sea, matrimonios; y como vuestro marido está todavía en el mundo, y lo estará por mucho tiempo todavía, ¿con quién queréis casaros en lugar de él?

Creyó la Condesita que había escuchado mal—y.....si soy casada, contestó.

Allá en la tierra, repuso San Pedro, la gente

no se casa; no hace más que ensayarse. Donde realmente existe el matrimonio es en el Paraíso, y aquí, para toda la eternidad.

Permanecía silenciosa la Condesita, como muda; pero atónita, aterrada.

Mostrando el príncipe de los Apóstoles cierto aire de benévola paternidad, prosiguió:

Si allá en el mundo habéis *distinguido* á alguno; (sin hablar de vuestra marido, se entiende).....Y esto lo dijo dejando ver una maligna sonrisa.....

Crejó la Condesita que era el momento de romper el silencio, y seca y enérgicamente dijo á San Pedro: que por completo ignoraba lo que él quería decirle.

Tomó éste entonces de su escritorio un voluminoso registro, en la portada del cual podía leerse en letras muy claras: *Libro del fruto prohibido*. Contenía este libro todos los graciosos pecadillos de las mujeres, desde Eva hasta hoy; y abriéndolo por la página que correspondía á la Condesita, mostróle, sin decir palabra, dos nombres inscritos sobre las primeras líneas:

ADALBERTO DE MIMIANE

CAYETANO DE LA RÉVANCHÈRE

La Condesita se ruborizó intensamente.

Porque á la verdad, en todo el invierno recibió de estos señores muchísimas atenciones; y aunque nada de irreparable, ni siquiera de impropio había pasado, sí recordaba ella dos ó tres pequeñas inconsecuencias, que hubiera deseado mil veces que su interlocutor las ignorara.

Desde aquel momento no se atrevió á mirar más á San Pedro; no pudiendo darse cuenta de si este antiguo pescador del lago de Genezareth, era bastante hombre de mundo para admitir ciertas cosas.

Tranquilizáos, estimada señora, dijo el Apóstol,—como si compasión sintiera por tan simpática criatura;—aquí nos esmeramos por hacer del Paraíso una mansión digna de honra, y jamás enviamos al infierno una mujer de vuestras bellas prendas.

Y cerró otra vez el terrible libro.

—Sólo que M. M. de Mimiane y de la Révanchère han sido castigados, prosiguió el Santo, en lugar vuestro. Están actualmente en el Purgatorio donde se les trata según sus culpas. Escoged á uno de los dos para eterno esposo, y en el instante será libre. He dicho, y no hablo más. ¿Es pues Adalberto ó Cayetano?

Atribulada, llena de la mayor angustia, exigió la Condesita le fuese concedida media hora para reflexionar y determinarse.

—Con mucho gusto, Señora, dijo San Pedro. Media hora no es nada en la eternidad. Y despidiéndola con un ligero signo de cabeza, desapareció detrás de unas cortinas.

III

Sola quedó la Condesita; y para soñar mejor, cerró los ojos.....

Al despertar, notó que el cuarto y escritorio de San Pedro habían desaparecido.

Y placer causa decirlo: hallábase la Condesita en medio de los hermosísimos jardines del Paraíso.



¡Ah! ¡Señoras! ¡Qué jardines! ¡Qué jardines!.....

Son como esmeraldas las hojas de los árboles, y como amatiste las violetas que duermen bajo el césped. Allí, el anémico miosotis ostenta pétalos de turquesas; los acianos son como zafiros, y las bayas rojas del agabanzo, como rubies de cabujón.

Bien podría creerse que era un jardín del cual cuidaban Boucheron y Lalique.

Demás es decir que la Condesita se sentía como arrobada, y que por la vez primera veía y contemplaba la inmensa naturaleza.

No obstante, hallábase siempre perpleja y angustiada.

Adalberto ó Cayetano, había dicho San Pedro.

Y en verdad, no sabía ella por cuál decidirse entre los dos.

Era Adalberto de Mimiane, uno de los más ricos jugadores del *Petit Cercle*; y sobre esto, muy buen mozo, sentimental y distinguido.

Pero, ¿quién habría de creerlo? Gustábale Cayetano de la Révanchère, precisamente porque andaba siempre á zaga de todas las mujeres, y pasaba por uno de los calaveras más atronados de París.

Creía que sería perfectamente feliz con el tierno Mimiane; pero pensaba, que no le desagradaría, de ninguna manera, ser desgraciada con el infiel Cayetano.

Y la Condesita dudaba..... y dudaba siempre.

IV

Repentinamente vió ante sí una reja de oro, cerrada.

No había sombra de duda. Había llegado á la puerta del Paraíso.

Crejó al mismo tiempo, que, fuera del cielo, una voz la llamaba detrás de los barrotes.

Llena de temor y confusión llegó hasta allá.

Del lado opuesto de la reja, salió de entre las sombras una figura humana: un hombre. Vestía sórdido traje y alta gorra de tela.

Iba á huir horrorizada la Condesita, cuando el hombre, respetuosamente, se descubrió ante ella.

Lanzó agudo grito: era Adalberto de Mimiane, el simpático, el poético Mimiane.

¿No me reconocéis, acaso? preguntó el infortunado.

Mientras que la Condesita, temblando de miedo contemplaba estupefacta la faz plomiza y los simbólicos atavíos de Mimiane, referiale éste su historia, corta y triste.

Cumplía su purgatorio. Por haber sido jugador, habíalo castigado el buen Dios á llevar vida errabunda; á andar de fiesta en fiesta, hasta que hubiera recuperado al desquite, los 625.000 francos que había perdido una noche en el Club.

Lo más que aquel infeliz había podido alcanzar de la misericordia divina, era ser la banca, en vez de ser punto.

Y en efecto. Veíasele en todas las líneas de ferrocarriles, en todos los caminos reales, con sus tres cartas grasientas en los bolsillos, ofreciendo envite y azar á los bausanes y papa-natas.

Pero en el Purgatorio la gente era muy desconfiada; y quien como él debía recordar 625.000 francos, sólo había ganado, por todo capital, no más que 17.

Cualquiera, en su lugar, habría perdido el juicio.

Por fortuna, la Condesita iba á libertarlo, ¿no es cierto? Sólo de ella dependía.

Y el pobre pelele, cuyo aliento estaba envenenado por el *absinthe*, le recordó con timidez que en días menos amargos, ella casi lo había amado.....

Mas, la Condesita permanecía insensible, hasta poder decirse que era como criatura de nieve.

En aquellos momentos, unas formas humanas que marchaban de dos en dos, aparecieron en el horizonte del Purgatorio.

¡La ronda! gritó el infeliz Mimiane, que veía siempre y donde quiera, agentes de policía.

Y se desvaneció como una sombra.

Bien se comprenderá que la Condesita no lo retuvo, ni mucho menos.....

¡Qué señor! ¡Y qué marido!!

V

Por fortuna, quedábale Cayetano; Cayetano que se aprovechaba ahora de todo el disgusto que le inspiraba Mimiane.

Las formas humanas ante las cuales había huído Mimiane,—el desgraciado,—primero, vagas, indefinidas, habíanse hecho ya perfectamente visibles.

No eran agentes de policía, como lo había temido el desconfiado tahur. La tropita que se veía en el horizonte era un grupo de odaliscas.

De dos en dos, arrebujadas en largos velos de gasa blanca y calzadas con babuchas, avanzaban, contoneándose, con todo el característico dejo oriental.

En medio de las odaliscas venía un Turco majestuoso.

Crejó soñar la Condesita: el Turco era Cayetano, vizconde de la Révanchère.

En nada había cambiado; quizá un poco más gordo y siempre con el aire de un mal hombre.

¡Ah! ¡malvado! sin duda que era él, no sólo el conductor, sino el Pachá de esas mujeres.

Bien lo conocía la Condesita; y así, no pudo menos que exclamar: «¿De manera que este hombre hasta en el Purgatorio necesita un harem?»



Y nerviosa, colérica, de pie junto á la reja de oro, miraba, ó mejor dicho, inspeccionaba.

Muy cerca de ella, pues sólo quedaban á pocos pasos de distancia, y bajo la densa sombra de los mirtos y palmeras, veíanse unas arcadas moriscas que adornaban inmenso estanque de pórfido, donde, en un silencio completo, apenas interrumpido por el murmullo de los hermosos surtidores de agua, dormía la onda, transparente y clara como el cristal.

Fue allí donde se detuvieron Cayetano y sus compañeras.

Con una majestad propia del Comendador de los creyentes, palmoteó tres veces aquel farolón de teatro.

No había lugar á dudas; iba aquel miserable á presidir una fiesta; pero, ¡qué fiesta!

Efectivamente; á una señal dada por Cayetano, las concurrentes dejaron caer sus velos; y las blancas Circasianas, las Asiáticas coloradas y las Nubias tostadas por el sol, mostráronse en su desnudez espléndida, como vivas estatuas de alabastro, de bronce y mármol negro.

En el intervalo de tiempo en que lenta y pausadamente bajaban las gradas del estanque de pórfido, algo como un estremecimiento voluptuoso pareció agitar la naturaleza profana, casi terrestre del Purgatorio. Entre-abrieron las flores que exhalaban aromas penetrantes y dulcísimos; enamorado cantaba el viento sobre las hojas, y dejando su sombrero retiro, venían por bandadas las torca-

ces, á ver el baño de las sultanas.

¡Y cosa admirable! La Condesita no podía darse cuenta de la actitud de Cayetano.

Paseábase de un extremo á otro de la piscina M. de la Révanchère, examinándose cuidadosamente las uñas, y tan despreocupado de las bañistas, como si nunca, en su vida, hubiesen existido.

Estaba sorprendida la Condesita; más aún, sentíase como indignada al ver á Cayetano decoroso, y dándose el puésto de un hombre que se estima.

Empero, como el baño se prolongase, M. de la Révanchère se mostró aburrido del paseo; y para reponerse, y á la vez, matar el tiempo del mejor modo posible, descolgó una guzla, y sentándose á la turca sobre una alfombra de Esmirna, púsose á preludiar sobre un ritmo ó tema árabe.

Después cantó..... ¡Ah! Señoras, ¡qué voz aquella!.....

Desde las primeras notas se había ido la Condesita, por no desternillarse de risa.

Y comprendiendo muy bien el castigo impuesto á un hombre como éste, que tanto había amado las mujeres, decíase que era un castigo espiritual.

pero tremendo y justo.

Entonces, reja de oro. Purgatorio y jardines del Paraíso, todo, todo desapareció como el humo; y por segunda vez encontróse nuestra heroína en el despacho de San Pedro.

En esta ocasión no había *redemptio*; no había dudas, ni podía tenerlas ella.

Ni Mimiane ni Cayetano.

Así mismo, lisa y llanamente se lo diría al apóstol, rogándole, por lo demás la excusase de hacer comentarios, sobre todo, en lo que se refiriera á Cayetano, de quien no quería tratar.

VI

Pensando en estas cosas, y como San Pedro no llegaba, ocurriósele á la Condesita abrir la ventana y ponerse en el balcón del Paraíso, que es así, hermoso, como el balcón del Jockey-Club.

Desde este balcón, descubriase allá lejos, muy lejos, la Tierra, como un globo inmenso clavado en el espacio.

Amenazada la condesita en el cielo de una eterna viudez, se acordó del conde Eduardo, su marido, que en el otro mundo había quedado.

Este matrimonio había sido como muchos otros entre esa gente de *besa mano* y *señorio*; ni mejor ni peor.

No salían juntos jamás; veíanse algunas veces en las horas de ir á la mesa; vivía cada cual por su parte, ella en el primer piso; él, en el segundo, completamente extraños uno al otro.

Semejante situación, llegaba á realizar el

ideal en el matrimonio de la condesita; á la cual le parecía que no era *chic* amar y querer á su marido.

Pero ahora que estaba muerta, tenía gran curiosidad de saber cómo llevaría él su duelo y su viudez.

Hemos de decir, que como los deseos de los elegidos son instantáneamente satisfechos por el Señor, los de la Condesita lo fueron á su vez. La neblina que envolvía la tierra fué desapareciendo, y en la luz ambarina de una visión lejana, reparó al conde Eduardo á los pies de la encantadora marquesa de Z..... (una de las mejores amigas de la Condesita), que lo miraba tiernamente.

¡Bien empleado para quien, por vez primera, se fijaba en su marido.

Por más *smart* que sea una mujer; por más inaccesible que se muestre á ciertos celos vulgares, hay cosas que no causa placer el verlas.

Tanto más cuanto que, á distancia, juzgaba la Condesita perfectamente correcto al Conde. Entonces pudo notar que era distinguido, elegante, hasta buen mozo, en una palabra, mejor diez veces que todos los imbeciles que la cortejaban.

Y todo esto se le hizo patente, justamente, en los momentos en que otra mujer.....

¡Pero qué! ¿Arrebatárale dicha marquesa de Z..... á su viudo? Sería preciso verlo para creerlo.

Roja como una peonía, infladas las narices, lanzaba, desde lo más alto del cielo—su última mansión,—miradas de odio á la marquesa, que allá, en la tierra, aparentaba cuidarse muy poco del Paraíso.

Trascurridos breves instantes, moviéronse los labios de la marquesa en una graciosa sonrisa, que era indudablemente la demostración de su interior alegría. El conde Eduardo la atrajo así con dulzura, y juntáronse sus labios en un beso prolongadísimo.....

Era imposible soportar más. La Condesita perdió la cabeza..... Quiso precipitarse, volar sobre los culpables; y bajando á zancadas el balcón del Paraíso, cayó en la inmensidad.....

VII

El golpe despertó á la Condesita.

Poseída de emoción indefinible, se aseguró que había soñado. Sí; se consideró feliz al encontrarse en este mundo, en su hermosa cama Luis xv y libre ya de aquella tormentosa pesadilla.

Permaneció mucho tiempo pensativa. En el silencio de la noche sonaba con particular acento, el monótono tic-tac del inmediato reloj.

Y ese tic-tac, que á los que no duermen, tantas y tan serias verdades dice, repitióle muchas veces que su sueño podía ser un aviso misterioso.

Le aconsejó, con la mayor cordura, que rompiese lo más pronto posible esos indebidos pasa-tiempos que comprometían á Mimiane y la Révanchère, y que fuese un poco más, mucho más, la mujer de su marido. Dijole repetidas ocasiones, que el conde, cansado de un hogar conyugal sin esposa, decidírase, evidentemente por tomar una compañera, esta señora de Z..... quizá; en breves términos, una coqueta, de quien tendría ella que desconfiar siempre.

La Condesita prometió seguir tan útiles y sabios consejos, y de atraer y guardar para sí á su marido, el conde Eduardo.

Al decir estas palabras, calló el reloj; y á modo de elocuente final, dió las doce. Digámoslo: la hora de los crímenes.....

En medio del desvelo, asaltó á la Condesita idea asaz extraña, que á un tiempo, hízola sonrojarse y sonreír.

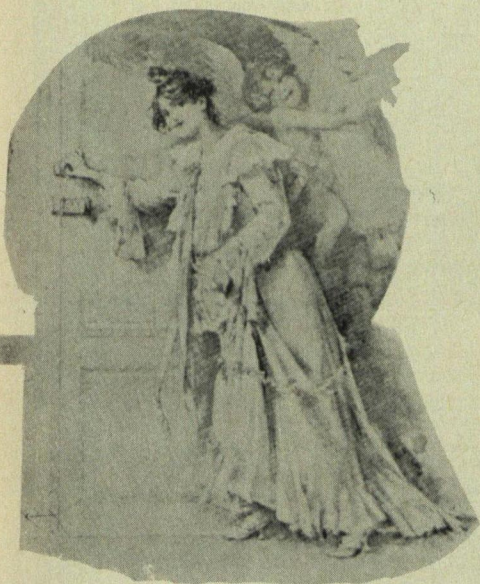
Después de haber experimentado algunas contradicciones consigo misma, se lanzó fuera de sus bellos cobertores de paño, bordados; calzó sus lindos pies en pantuflos de raso, y finalmente, echóse sobre las blanquísimas espaldas, un peinador de Malinas.

Luégo, apretando paso el botón de una cerradura que mucho tiempo hacía que para nada se tocaba, abrió la puerta de su alcoba, y entró resueltamente en la escalera que conducía á los aposentos de su marido.

En lo que faltaba á la noche, que tan corta le pareció al bondadoso Eduardo, el reloj de la condesa sonó horas que bien podrían revelar una recíproca felicidad.

Hé aquí, señoras, porqué habéis encontrado á la Condesita, el otro día, más linda que nunca; paseando satisfecha, en su famosa «victoria», á una nodriza normanda y á un bebé, rubio y róseo, muy parecido á un ángel, como para que siempre se acordara dé los ángeles del Paraíso.

FIN



PARTIDA, AUSENCIA, RETORNO

I

¿Olvidarlo?... ¡jamás!... Lenta caía
Ya la lluvia invernal,
Y el cielo de la tarde se cubría
De un velo funeral,

Cuando la nave por la vez primera,
Y en mi primer dolor,
Me llevaba á una tierra que no era
La tierra de mi amor.

En la playa desierta *ella* gemía,
Y nunca olvidaré
Que en su intenso dolor me parecía
El ángel de la fe.

Allí un adiós por el amor ungido
Nos dimos á la par:
Ella volvióse á su caliente nido,
Y yo me dí á la mar.

II

Selvas lejanas y remotos mares
Y pueblos recorri;
Mas la sombra fatal de los pesares
Siempre á mi lado ví.

Sombrio y mudo, á todo indiferente
Se hallaba el corazón:
¡Ay! ¡por qué vino mi afligida ausente
A ser mi religión!

¡Y por qué el fuego del amor primero
No se extingue jamás!
Y á la sombra de un árbol extranjero
Es donde abrasa más!...

Ya principiaban del collado en torno
Las hojas á caer,
Cuando yo preparaba mi retorno
Para volverla á ver.

III

Plegó la nave en la gentil bahía
Su lino temblador,
Y vuelvo á saludar la tierra mía,
La tierra de mi amor!

Allí en la playa engalanada y bella
Muchas jóvenes ví,
Mas entre todas la buscaba á ella
Y ella no estaba allí.

Supe después, y al recordarlo lloro
Que en brazos de un rival,
Trocó una noche por cadenas de oro
Su velo virginal.

De cada corazón toco á la puerta,
Desde entonces, Señor,
Pidiendo con el alma casi muerta
Un poquito de amor.

J. J. PALMA.

SOL DE SANGRE

Por inmensos caminos solitarios,
Huyendo de ignorados campanarios,
Los peregrinos van—faltos de aliento,
Y de aldeas siniestras y lejanas
Les saludan al paso las campanas
Con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte, bajo el sol, se dora,
Manchado por la sangre de una aurora
Que se teme á la vez y que se espera;
Las nubes se amotinán y se empujan,
Y como buitres, al huir, se estrujan
En el espanto de la noche huera.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
Se abre un abismo en el dintel del beso
Y todo es sepulcral, como una luna;
Sólo se oye el rumor sordo y la queja
De aquella muchedumbre que se aleja
Con fatigas de mar hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;
Torvos y extraños sentimientos rigen
Su reflujo fatal hacia la aurora,
Y jadeante, vencida y sin aliento,
Se arrastra latigueada por el viento,
Royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
La absurda sociedad que la proscribire,
Brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes,
Empapadas en púrpuras ardientes,
Parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
Removerán la gigantesca hornalla
Donde alimenta el sol sus encarnados;
Y en la ruda apoteosis del incendio,
La Plebe se alzaré como un compendio
De todos los sollozos ignorados.

MANUEL UGARTE.

DOLORA

(LA FE Y LA VANA - CIENCIA)

—Creo que existe «otra vida»
Porque lo dice el SEÑOR;
Y su palabra, en rigor,
No puede ser desmentida.

—Yo en «otra vida» no creo.
—¿Por qué dudas. Sabio, di?
—Porque en la muerte, ¡ay de mí!
La nada tan solo veo.

—Por vana tu ciencia ten
Y tus dudas por ociosas;
Porque hay muchas, muchas cosas,
Que existen y no se ven.

De tu afán en el exceso
Decir tu ciencia podrá:
¿Qué hay más allá... más allá...?
—¿Lo sabes?

—No

—Yo por eso

Creo que existe «otra vida»
Porque lo dice el SEÑOR;
Y su palabra, en rigor,
No puede ser desmentida.

Después de un rotundo ¡No!
Seguido de un alto ¡Sí!
El Sabio dijo: ¡Ay de mí!
Y el Poeta: ¡Feliz yo!

FELIPE TEJERA.

LA PRIMERA DECEPCION

Ambiente perfumado, gasas, flores,
rodean á Rebeca, que anhelante
de dulces emociones, ve el instante
de la fiesta llegar y sus amores.

Corrige presurosa los menores
defectos del tocado, y su semblante
irradia satisfecho y arrogante
del contento más vivo los fulgores.

Su orgullo al contemplarse reflejada
en veneciano espejo, no la engaña,
pues el sol la envidiase si la viera.....

De pronto, palidece, y espantada
una cana se observa que le empaña
el lustre de su regia cabellera

GUILLERMO MONTEBRUNO L.

A UN INSECTO

Goza, insectillo inocente,
En esa rama posado,
Del céfiro embalsamado
Y del Sol resplandeciente.

Goza del campo y sus galas,
Antes que perciba el niño
El azul de tu corpiño.
El tornasol de tus alas.

Goza, y di de la clemencia
Con que apacienta sus greyes,
Los insectos y los reyes.
La divina Providencia.

Goza, y no tornes al vuelo
En tanto á Dios en ti admiro,
Y por el bien que respiro
Rindo alabanzas al cielo.

¡Oh sumo artista! ¡Oh pintor
De los espacios azules,
Del alba y sus róseos tules,
De la hierba y de la flor!

¡De cuánto lujo y belleza,
De cuánta delicia lleno,
Ostenta por ti su seno
La hermosa naturaleza!

¡Oh infinita fantasía,
De todo ingenio resumen!
¡Cómo llenas con tu numen
Tierra y cielo de armonía!

Vibra tu lira suprema
En el mar y la montaña,
Y suspira en cada caña
Un verso de tu poema.

Son fugitivos fragmentos
De los himnos de tu clave,
Los dulces trinos del ave,
El susurro de los vientos:

Esos soles, á millares,
Cada cual vibrando un punto,
Marcan en almo conjunto
El ritmo de tus cantares.

Dan matices improvisos
Al campo tus tonos regios;
Se condensan tus arpegios
En espigas de narcisos:

Y á tus notas armoniosas,
Como aladas vibraciones,
De tus dorados bordones
Se nacen las mariposas.

Tal eres, galano insecto:
Nota del arpa sonora
Del que la tierra enamora
Con los cantos de su afecto.

¡Cómo me hechizas! ¡Bendito
Quien su almo aliento te inspira
Y da al pecho que te admira
Este deleite infinito!

Siento rotas mis prisiones
En tanto que te contemplo,
Y es mi corazón un templo
De armónicas bendiciones.

¡Qué paraíso, qué galas,
Cuánta esperanza futura,
Qué horizontes de ventura
Miro al través de tus alas!

Remonte en buen hora el vuelo
La insomne filosofía;
Requiera al astro en su vía
Por el camino del cielo;

Profundice el Océano
Y los abismos, é inquiera
Dó está la marca primera
De la creadora mano;

Y alcance, si no verdad
Ni redentora esperanza,
El aplauso y la alabanza
De la ilusa humanidad:

¿Qué á mí su afán ni su palma?
Yo amo á Dios en su grandeza,
Y el libro de su belleza
Es la ciencia de mi alma.

Sí, para verle no anhela
Más luz ni saber mi mente;
¿Y si al sér más deficiente
Más claro se le revela?

Todo tiene su fulgor,
Cielo y tierra, el mar, el río;
Y la gota de rocío
Tiene un rayo tricolor.

Duendecillo del jardín,
Que luces áurea y azul
Tu tuniquilla de tul,
Gracia de algún serafín:

Realce de la pradera,
Joyel de esmalte celeste
Con que se prende la veste
La espléndida primavera:

¡Ay! que, imagen del amor,
Tu vida es solo un suspiro,
Tu carrera es breve giro
De una rosa en derredor.

Mas tú tienes un tesoro
Que es de mis ansias tormento,
Bien que perdido lamento
Y no torna aunque más lloro.

¡Oh! ¡trocárame ese dón!
Lograr pudieras más brillo....
¿Quieres ser hombre, insectillo?
¡El rey de la creación!...

Pues pide, pídele á Dios,
Y al par dilates tu vida,
Que una en otra convertida
Sea la suerte de los dos;

Y á ti razón, á ti ciencia,
Poder te dé y nombradía,
Y sólo dé al alma mía
La gracia de tu inocencia.

JOSÉ A. CALCAÑO.



DERROTA DADA POR GERMANICO EN EL NORTE DE ALEMANIA (Año 11 a. de J.) — Por F. Leake



LA TRISTEZA DE FARAON. — Por J. Leconte du Noy

CIENCIA

—

Todo observador ha podido notar que sufrimos alternativamente variaciones muy marcadas en nuestro estado de salud. A veces, tenemos exceso de actividad en las funciones; á veces, sentimos depresión. Por épocas, comemos y nos hallamos bien; la temperatura del cuerpo se eleva, la actividad momentánea crece; pero, también por épocas, hay disminución de apetito y empobrecimiento de fuerzas, etc., etc.

Observador constante de estos hechos, el fisiólogo italiano Nicola, ha trabajado en ciertos animales, [los conejos, particularmente], buscando si en ellos podría encontrarse el reflejo de estas extrañas modificaciones, y luego pasó sus estudios sobre el hombre mismo, midiendo el número de las hemáticas de la sangre y la cantidad de hemoglobina.

En tres jóvenes se han hecho estos experimentos: dos muchachos de quince y diez y seis años, y una jovencita de trece, sometidos todos á un mismo régimen alimenticio. Cuotidianamente dosificaba, M. Nicola la hemoglobina y contaba los glóbulos sanguíneos. De esta manera podía confirmar de un día á otro, diferencias en más ó en menos de 500.000 glóbulos, y de 5 á 10 p₁₀₀ de hemoglobina; dándose el caso, una vez, que en el intervalo de una semana, el número de las hemáticas pasó de 368.000 á 6.480.000, ó sea, un aumento de 2.800.000.

En general, el número de los glóbulos y la cantidad de hemoglobina,—que, por otra parte varían de un modo paralelo,—subieron poco á poco hasta alcanzar un máximo, y luego descendieron hasta el punto de partida, y aún más abajo.

¿Cuál es la causa de estas modificaciones periódicas en la energía de los fenómenos vitales? No podríamos decirlo; y tanto menos, cuanto que muy pocos fenómenos de un orden cualquiera permanecen constantes. Hay comunmente falta de equilibrio, como si las fuerzas puestas en juego se agotasen por momentos, para más después volver á su nivel medio, y así continuar alternativamente. Quizá ejercen también su acción las causas exteriores, y muy particularmente los cambios ó variaciones meteorológicas; siendo de sentirse que Mr. Nicola, continuando en sus interesantes trabajos, no haya pensado en determinar día por día el estado del cielo, de la presión barométrica, temperatura, humedad, etc., etc. Son éstos, elementos que influyen siempre en nosotros, y que habría sido convenientísimo comparar frecuentemente con las observaciones fisiológicas.

*

Pero, en fin, ¿crecemos ó nos empequeñecemos? O en otros términos, ¿aumenta ó disminuye de tamaño la especie humana? Se responde, en general; que el hombre de hoy es más pequeño que el hombre primitivo. Y tan cierto es esto, dicen, que todos los Consejos de revisión buscan los medios de rebajar ó disminuir cada vez más la talla ó tamaño reglamentario, para la admisión en el ejército. Sin embargo, no se ha demostrado, de ninguna manera, que el hombre actual sea más pequeño hoy, de lo que era hace siglos, ya que no se debe confundir la media proporcional, con los casos de individual excepción. Pero bien, ¿degeneramos verdaderamente?

El doctor J. Donath, de Buda-Pesth lo aseguraba hace algunos años, y anunciaba que en toda Europa,—excepto en Suiza,

y acaso en Rusia,—la estatura humana na se hallaba en un estado de mengua ó decrecimiento notable. Pero á poco se oyó una campanada distinta: Mr. Carlier, en las «Memorias de la Sociedad de antropología de Paris», declara formalmente que después de 1886, las estaturas medianas van aumentando, mientras que las pequeñas, por el contrario, disminuyen. Y parece que es esta última opinión, la que en el hecho más se aproxima á la verdad. Ciertamente la estatura humana debe sufrir en todas partes cambios y modificaciones originadas por la influencia de causas diversas; pero estas fluctuaciones no deben producirse sino entre ciertos límites y son más ó menos periódicas. Un conocido y reputado paleontólogo, Mr. Rahon, que viene estudiando hace mucho tiempo «la estatura prehistórica», dice: que los esqueletos atribuidos á los más antiguos representantes de la humanidad, han pertenecido á individuos de tamaño mediano, cuando mucho, si no pequeño, y en todo caso muy cercano al de los hombres de hoy. M. Rahon se decide por el desarrollo ó crecimiento en los tiempos modernos.

Y en efecto, el crecimiento parece como probable, si tenemos en cuenta que entre las causas que más pueden influir en variar la estatura, una de las más activas, es, seguramente, el mayor bienestar posible. Esta causa ha sido siempre reconocida entre todos los antropólogos.

M. Carlier no titubea en afirmar que la altura de los habitantes de los Países-Bajos no reconocía otro motivo, que la mejora en las condiciones de la vida. «Los lugares que tienen más terrenos pedregosos é improductivos, son, dice, los que presentan mayor número de reclutas de talla pequeña.» M. M. Colignon y Zaborowski



ESTUDIANTES DE CIENCIAS POLITICAS — Del curso que terminó en el presente año (Los Profesores son los que se hallan en el primer término)

han asegurado, por su parte, el hecho curioso de que el establecimiento de una línea de ferrocarril en un país, tiene por consecuencia directa un aumento de la estatura media de sus habitantes, al mismo tiempo que crece ó aumenta su bienestar. A su vez, M. Bertillon nos repite que los hombres que ejercen profesiones penosas ó rudas, son casi siempre más pequeños que los que se dedican á las suaves y liberales. Por último, el doctor Manouvrier, de la Escuela de Antropología, en un estudio sobre la «Estatura de los Parisienses», ha encontrado que la estatura mediana de los quintos ó reclutas, es de tipo constante y regular, es decir, notablemente más alta en los de los departamentos ricos, que la de los individuos de los departamentos pobres. La alimentación y el aire hacen el hombre. Mengua el tamaño, momentáneamente, cada vez que hay miseria, sufrimiento, privaciones; pero después, progresivamente se recupera cuando las causas determinantes del mal desaparecen.

Pierden de tamaño los que se dan al alcohol, como ganan en altura los que sorben decocciones de cereales, como ya lo sabemos desde los tiempos de Hipócrates.

El hombre puede, en consecuencia, obrar por sí mismo, en modificar su estatura. Empero, fuera de los límites de natural aproximación, cada raza conserva su tamaño medio; siendo desde luego una pretensión insostenible, decir que perdemos progresivamente en estatura, y que el tamaño del hombre disminuye á medida que nuestro globo envejece.

HENRI DE PARVILLE.

LA SIESTA

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Bajo el sol de febrero todo se enerva;
La cigarra tan sólo canta en la yerba;
A la sombra del monte yacen las reses;
Hay abejas dormidas sobre las mieses.
Ya el griterío
De las aves zancudas cesó en el río.

La lechuza en los cercos está parada;
Los chingolos ocultos en la enramada;
En los sauces sedientos de las riberas
Sus colores ovillan las gusaneras.
Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Elaboran los flancos de las colinas,
Con flotantes vapores, tenues cortinas;
El ganado destila rojos rubies
Y se cubren de cerca los camuatiés.
Todo está en calma:
La torcaz en el nido y éste en la palma.

El ombú solitario de la cuchilla
Mueve apenas su extraña flor amarilla;
El plumón de los cardos seca el bochorno;
Es la tierra una fragua y el cielo un horno.
Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Sólo el rancho que alegre de trovas llena
Una linda paisana de tez morena,
Sólo el hogar risueño, cercano al río,
No hace siesta en las tardes de rubio estío,
Que en su ventana
Un galán dice amores á la paisana.

Y á veces, cuando todo dormita y sueña,
El ombú de la loma, la flor isleña,
En mi patio la cinta de hiedra y parra,
Se percibe el rasgueo de una guitarra,
Cuyo canto solloza
De orgullo y gozo,
Si le dice la moza
—¡Te quiero!—al mozo.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

CARLOS ROXLO.



{ AMADO NERVO

Versos suyos hemos venido publicando desde el día en que su nombre, doblemente «amado», traspasó la frontera mexicana.

Perlas Negras decía que eran sus versos; pero el oriente de tales perlas indicaba que era un mar milagroso el mar que las producía, y un buzo afortunado el buzo que las arrebatara al misterio de las ondas.

Obra de explorador fue la obra de sus primeros años; y aunque él, desdenosamente, parece referirla al dominio de los recuerdos de

su adolescencia, desde que conoció

«una monja que pasaba por santa y que se llamaba la hermana Melancolía;»

creemos que ya en esa obra se revelaba el admirable poeta del presente.

Después de *Perlas Negras* vienen sus *Místicas*, en orden cronológico y por la mayor alteza del mérito. De estas flores profanas también conocen nuestros lectores el color y el aroma. Nada de ortodoxo tenía el místico jardín donde fueron cultivadas. Por allí había pasado, además, el espíritu de un prodigioso sembrador: aquel que esparció la simiente de que lo bello es lo raro.

Místicas, á pesar de no tener fines expresivamente heterodoxos, se atrajo la ira episcopal y en más de una diócesis mexicana fue prohibida su lectura.

Y no precisamente por tal hecho, sino por cuestión de temperamento, el misticismo de Nervo ha venido evolucionando, y es su misticismo de hoy medio panteísta, medio cristiano, á lo Francisco de Asís, como puede observarse en su encantador y último poema: *La Hermana Agua*, escrito en París, donde reside desde los días del gran certamen universal.

Camarada suyo, hermano suyo, Rubén Dario. En compañía del inimitable autor de *Prosas profanas* lo conoció y trató íntimamente nuestro insigne Manuel Díaz Rodríguez. Y refiérenos el vigoroso autor de *Idolos Rotos* que Nervo es pálido y enjuto, lo cual, unido á su misticismo, tráele á veces el recuerdo de un joven monje que vió en la Biblioteca del Escorial, inclinado sobre un misal an-

tiguo de enormes y artísticas mayúsculas.

La literatura, como á tantos otros, no ha logrado malearlo. Tan generoso y tan puro se conserva,—cuéntannos cuantos le conocen,—que ha llegado á ser eminentemente digno de ser «amado».

Es un poeta en versos y en acciones, como hablando de un compañero suyo dijo un día José Martí.

No ha llegado Nervo á los treinta años sin presentarnos una labor de la cual pueden enorgullecerse pocos. Además de las obras apuntadas y de *El Bachiller*,—novela recientemente traducida al francés,—éditele un nuevo volumen de versos la casa Bouret, de París, y acaba de concluir *Otras vidas*, libro en prosa, adquirido ya por otra casa editora.

Quien estudia la obra de Nervo, puede observar que pertenece á la estirpe de los que confían en «seguir su propia vía, sin afiliarse á ninguna escuela y á ningún partido, porque en las manos de los sectarios también resultan falsas las verdades más indiscutibles, y odiosos los más nobles propósitos»; pertenece, á la estirpe de los que confían en «seguir pensando bien, esto es, libremente, sin esclavizarse á ningún dogma y á ningún maestro, según el gran consejo de Pascal».

Tiene la América grandes poetas,—poetas inspirados y viriles;—Nervo no tiene afinidades con esa raza de batalladores y de trascendentales; pertenece á la blasonada de los exquisitos, á la que representa, al decir de Vincenzo Morello, el triunfo del sistema nervioso sobre el sistema muscular, la glorificación de la emoción interior sobre la emoción exterior, la victoria de la específica conciencia del individuo sobre la conciencia genérica del tipo. Según propia y bella confesión:

es él «un alma nocturna
que quiere tener estrellas».

En un libro á la manera del que escribió Viltorio Pica con el título de «Letteratura d'eccezione», podría figurar perfectamente Amado Nervo; y allí nos hablaría el crítico, abondando en el análisis, de los curiosos estados psicológicos que informan la obra del poeta, de la tácita hostilidad de éste á la democratización en el arte, del espíritu y forma del arte de ese mismo poeta, y de las futuras orientaciones á que pueden conducirle su sensibilidad expresiva y su intelectualidad refinada.

¿Peregrinará al claustro el misticismo de Nervo?

Nosotros creemos, y quizá no erramos, que se detendrá en ese radioso período en que el «dilettantismo»,—tal como lo entendieron y practicaron sus sacerdotes,—vive la vida de todas las ideas sin someterse á ninguna.



LOS ESPONSALES. — Por E. Hirschfeld.

PAGINAS PERPETUAS

LA VERDAD



¿Qué es verdad?.....

Diez y ocho siglos hace que el hombre repite incesante esta pregunta; la pregunta que el Gobernador romano hizo al Salvador: *¿Quid est veritas?*

Diez y ocho siglos en que se han agitado cuestiones diversas; en que se ha querido examinar todo, descubrir todo, analizar y comprender todo; en que la humanidad, presuntuosa y viviendo de esperanzas ha buscado, á ciegas, en mil caminos diversos, la verdad; pero que, al cabo, sentada en el desierto de la vida, rodeada de ruinas y de espléndidas mentiras, pregunta hoy lo mismo que ha preguntado en tantos siglos: ¿qué es la verdad? *¿Quid est veritas?*

La tendencia de nuestro espíritu es inquirir, es investigar siempre; pero ¿en dónde hallaremos lo que buscamos? ¿Quién resolverá la cuestión que proponemos?—Pilatos preguntó á Jesús qué era verdad; pero Jesús calló, y el Gobernador romano no alcanzó á saber lo que preguntaba.....

La verdad, ese *Deus ignotus* de los Atenienses, es el único objeto de la vida del hombre.—Nosotros buscamos la verdad hasta en nuestros propios extravíos, y la mentira misma no podría por un instante cautivarnos, como observa muy bien D'Aguesseau, si no se presentase bajo la imagen y la apariencia engañosa de la verdad.—Pasamos, con los años, de un sistema á otro sistema: de unos conocimientos á otros conocimientos: abandonamos unas ideas para profesar las que corren autorizadas en el siglo, y parece que la humanidad, encerrada en el círculo de Popilio, marcha en la apariencia, rectamente; pero en la realidad.... circula. Los sentidos nos engañan; las pasiones nos conducen al error; la autoridad nos arrastra en sus falsas ideas; la inducción nos encamina al solisma; las distancias, los tamaños, los movimientos, la precipitación de los juicios, la ignorancia de las relaciones, la negligencia, la emulación y todas las fuentes de la temeridad y del orgullo nos precipitan hondamente en el engaño. Y en medio de ese abismo de errores y de mentiras, el hombre que no se aviene sino con lo que es perfecto, levanta su cabeza, y obedeciendo á un instinto providencial, pregunta: *¿Qué es verdad? ¿dónde se la encuentra?*—Hoy, nadie cree en los átomos de Epicuro, ni en las ideas de

Platón, ni en los números de Pitágoras. Thales ha quedado solo con el agua; Anaximenes con el aire, Zenón con el éter.—Carneades y los académicos hicieron lugar á Pirrón y á los escépticos: estos cedieron á su vez el puesto á Aristóteles y á las doctrinas del peripato, que, siglos adelante, combatió Descartes; y los sistemas han sido las ficciones del genio de cada filósofo, más bien que los resultados de los descubrimientos de la verdad. (1) Dios nos ha celado esta, dice Cicerón, en el seno de su inmensidad, y sólo nos ha permitido el uso mecánico de las cosas. (2)—Mil cuatrocientos años reinó en todas las escuelas del orbe la doctrina de Ptolomeo, filósofo de Alejandria. Para aquellas generaciones, para tantos millones de hombres, éste había descubierto los secretos de la naturaleza y su sistema era la luz, era la verdad sin contradicción. Copérnico en el siglo xv, echó abajo las ideas de Ptolomeo; expuso su sistema, y el mundo quedó admirado de haber estado creyendo por tantos siglos la mentira. Siguiéron entonces las escuelas al astrónomo de Prusia; y lo siguieron, porque sus principios involucran la

(1) *Unicuique ista pro ingenio finguntur, non ex scientia vi.* (M. SESEC. Suasor. 4).

(2) *Non enim nos Deus ista scire, sed tantummodo uti, voluit.* (De Divination 1, 18)



NAUFRAGIO. — Cuadro de C. Grethe

verdad. Ya hoy se comienza á decir que el sistema de Copérnico es hipotético y que la teoría de los cielos debe ser otra que satisfaga más las exigencias de la razón. (3)—¿Dónde está, pues, la verdad? ¿Quién la ha alcanzado?—No hay dos verdades contrarias, es cierto; pero el hombre no sabe lo que es verdad. Una idea que pareció verdadera en el siglo iv, se combatió y despreció como falsa en el siglo xv. Lo que fue cierto para nuestros padres, es ya dudoso para nosotros, y será quizás mentira para nuestros hijos.

La facultad de sentir está subordi-

nada á ciertas condiciones.—¿Quiere verse hasta qué punto es cierto este principio? Pues bien: un vidrio cóncavo ó convexo cambia totalmente la dimensión de los objetos:—un vidrio ligeramente matizado, cambia los colores; un vidrio fracturado multiplica el número de las cosas; uno cilíndrico muda la forma; dos vidrios opuestos mudan la distancia.... ¿*Quid est veritas?*—El clima, la diferencia de cielo, algunos grados más ó menos de calor, alteran y aun cambian también las relaciones de las cosas. Lo que se tiene como verdad en las latitudes templadas, se reputa acaso como falso en las regiones tropicales.

Si preguntáramos al sabio más profundo que se hallara sobre la tierra, si está ó nó en poder del hombre encontrar la verdad, y si los esfuerzos que ha hecho en todos los siglos para alcanzarla, le han enriquecido con el hallazgo de una nueva fuerza ó de alguna verdad sólida y oculta, contestaría, (hablando en conciencia), que todo el fruto que la humanidad ha sacado de sus inmensos trabajos y de sus indagaciones exquisitas, es conocer su debilidad y su ignorancia.—Esa ignorancia que existe en nosotros naturalmente, la hemos averiguado con más claridad y confirmado irrevocablemente por el estudio. Lo que se sabe,

es una parte infinitamente pequeña al lado de lo que se ignora. El hombre que más sabe, sabe que no sabe nada; y sus conocimientos no le orgullecen sino al contrario, le hacen más llano y accesible. (4) Sucede á los individuos incontestablemente sabios lo que á las doradas espigas del trigo.—Estas se levantan, y alzan con orgullo su cabeza mientras están vacías; pero cuando se llenan, cuando el granito encerrado en el pericarpio está maduro, comienzan á humillarse, inclinando su altivez. Así el hombre cuando joven, irgue altiva la frente, presume de su saber; pero después, cuando ha ensayado todas las cosas y sondeado la profundidad de la ciencia; cuando el estudio le ha enseñado que nada hay sólido, que nada hay firme, que la verdad existe oculta: cuando ha dado vueltas, sin descansar, por el círculo de los conocimientos humanos y advierte que nadie ha podido

(3) *Laplace* escribe formalmente en su *sistema del mundo*, que «el sistema de Copérnico descansa sólo sobre suposiciones, y que no satisface á todos los problemas». —*Francœur* asienta, que «la aberración de las estrellas es la única prueba matemática del movimiento de la tierra». —He ahí todas las pruebas reducidas á una.—«Los resultados de las observaciones sobre la aberración dice *Herschell*, exigen confirmación». —*Bradley*, famoso astrónomo inglés, expresa que «el sistema de Copérnico no resuelve todas las cuestiones ni satisface á todas las necesidades de la ciencia». —*Nicolllet*, miembro del Observatorio de París, dice en el artículo «*Etoile*» de la Enciclopedia moderna, que «existen aún incertidumbres sobre la constancia de la aberración, la cual, como se ve en la Uranografía, es la única prueba del movimiento de la tierra». —*Euler* pensaba en la revisión del sistema astronómico.

(4) *Unum scio*, decía *SÓCRATES*, *quod nihil scio*. (Diog. Laërt, in *Socrat.*)—Sócrates tenía razón.—Nada sabe el hombre por más docto que se le suponga. Nuestra dote es la ignorancia; y mucho nos elevamos ya sobre los límites de nuestra propia condición, cuando alcanzamos á comprender que nada sabemos, prefiriendo la ignorancia á la presunción y la duda al error.—Por lo demás, *qui recte vivit, is scientiam utilem & necessariam est adeptus*. (V. *SENECA*, de benef. 7. c. 1. 2).

definir aún lo que es el tiempo, la luz, el espacio, la extensión, el movimiento, la unidad, el mal, la vida, el alma, la muerte, el bien, la sustancia, el ser, la fuerza, el dolor, la verdad.... renuncia á los estímulos del orgullo y de la presunción, y se inclina entonces confesando su ignorancia.—Nicoles, uno de los filósofos más célebres de la escuela de Port-Royal, después de haber estudiado á Descartes y discurrido con Pascal: después de haber acompañado á Malebranche en la «investigación de la verdad» y á Leibnitz en los «ensayos sobre los conocimientos», abrumado con el peso de la debilidad humana, escribió: *Está el hombre tan distante de conocer la verdad, que no conoce ni aun sus señales y caracteres.*—Muchas veces no se forma más que ideas confusas acerca de los términos de evidencia y certeza, y esto es lo que hace aplicarlos, á ciegos, á todos los falsos brillos que le deslumbran. (5)—Nada presenta al hombre la verdad, dice el eminente PASCAL, todo le engaña.—

Los dos principios de verdad, razón y sentidos, además de que muchas veces les falta la sinceridad, se engañan mutuamente.—Engañan los sentidos á la razón por falsas apariencias, y las pasiones del alma conturban los sentidos con impresiones fastidiosas. (6)

¿En dónde está la verdad? ¿Qué es verdad?

Ingeniosa la antigüedad en la composición de las más bellas alegorías, inventó figurar la verdad en un pozo, cuyo fondo, escasamente iluminado por un estrecho brocal, no pudiera descubrirse.

Hay también una ficción platónica de la verdad, en un libro que tiene por título CYMBALUM MUNDI, y cuya ficción es ingeniosísima á nuestro ver.—Supónese que Mercurio, después de haber mostrado la verdad á los hombres bajo la figura de una piedra, se había divertido en reducirla á polvos en un vasto circo de arena, proponiéndoles, como el fin de una digna emulación, recoger cuanto pudiera cada uno, de estos fragmentos.—Los hombres recogen de generación en generación algunos granitos de la hermosa piedra, ordinariamente mezclados con arena; los enseñan con vanidad y disputan acérrimamente sobre el peso y el valor relativo de cada granito.—Los charlatanes y embaucadores pregonan que ellos tienen todos los fragmentos; los hombres más entendidos y de mejor vista saben que no han acumulado todavía sino algunos pocos: porción insignificante para lo que resta arrojado y confundido en el gran circo de arena; y que en muchos lugares, donde ha soplado un viento recio, el polvo ha cubierto más ó menos profundamente los preciosos res-

tos. Pero el hecho cierto es, que la piedra entera no la tiene nadie, y que será muy difícil el reconstruirla.

Los antiguos difieren de los modernos en la manera de inquirir y de mostrar la verdad. En los siglos pasados se creyó, que, para enseñar ésta á los hombres, era conveniente velarla. La antigüedad ocultaba la verdad en símbolos, en parábolas, emblemas, mitos, ceremonias, etc. Cuando Sócrates la quiso mostrar, no sin velo, sino un poco descubierta, fue condenado á muerte.—Aristóteles que tuvo la imprudencia de decir: *amicus Plato, sed magis amica veritas*, hubiera sufrido la misma suerte si no hubiera ido á refugiarse á la isla de Eubea. Y Jesús, que con más títulos que nadie podía decir: YO SOY LA VERDAD Y LA VIDA, (7) porque su doctrina conduce á la dicha futura y respira por todas partes justicia y humanidad... murió en una cruz.—En nuestro siglo, al contrario, nosotros queremos la verdad sin velo, sin disfraz, y basta que alguno la quiera ocultar para incurrir en nuestro odio.

Buscamos la verdad, aunque sea dudoso que la inteligencia humana haya sido creada para encontrarla.—Amámosla, aunque sepamos que no podemos conocerla, ni definirla.—Esta inmensa diferencia entre nuestros antepasados y nosotros se halla probada con un hecho evidente, incontestable: Antes existió la intolerancia social contra lo que se predicaba como verdad; hoy, no existe ninguna especie de intolerancia, ni aun la legal contra el error.

Sí, pues, nuestras costumbres no son todavía lo que deben ser; nuestras instituciones son bellas hasta lo ideal.

Descends du haut des cieux, august Vérité,
Que l'oreille des hommes s'accoutume à l'entendre!

FELIPE LARRAZABAL.



LONDRES: El Arco de Mármol

PALABRAS SINCERAS

—
Cuando pasen los años bus-
ca esta página y recoge el beso
que para tí deja en ella

Tu padre.

(En el álbum de C.***)

Abri el libro, indiferente
Vi las firmas en las hojas,
Firmas ilustres las unas,
Desconocidas las otras.

Hallé después en los versos
Alabanzas y lisonjas;
Flores de trapo, vi muchas,
Y flores de ingenio, pocas.

Busqué las flores del alma,
Esas que escondidas brotan,
Ocultas como violetas
En un campo de amapolas;

Que perfuman nuestra vida
Arraigando en la memoria,
¡Y de esas flores del alma
Llegué á encontrar una sola!

No tiene potente ritmo,
Ni tiene lírica pompa;
Es una página humilde
Escrita en sencilla prosa.

Ni habla de tus ojos negros,
Ni un canto á tu gracia entona,
Ni tu ingenio peregrino
De paso siquiera nombra.

En cambio, ¡cuánta ternura,
Qué bien sentida y qué honda:
Cuatro palabras sinceras
Y en un beso, el alma toda!....

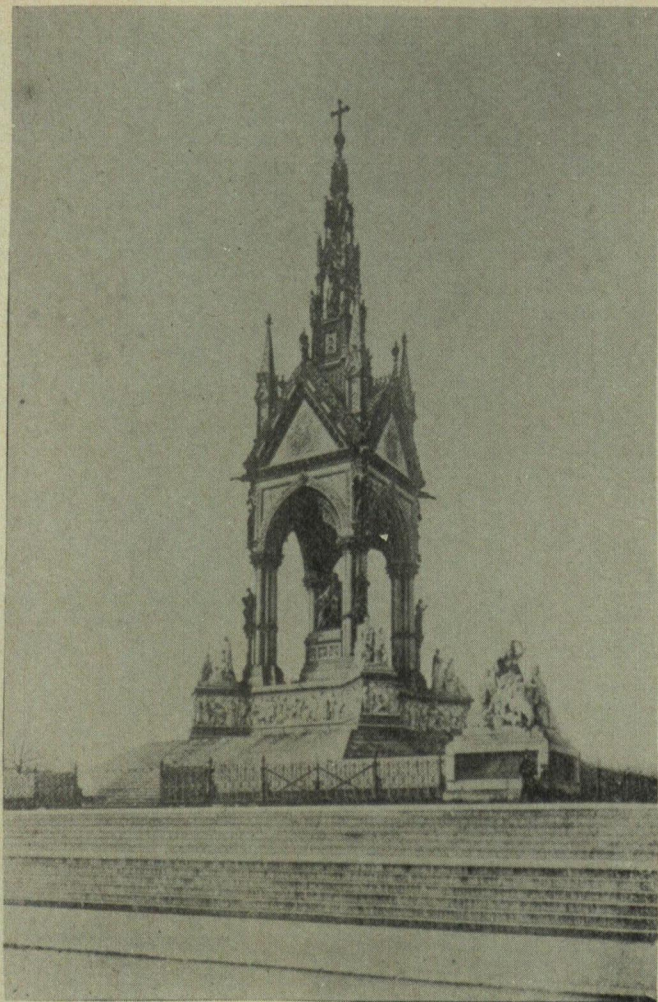
Y quedé meditabundo.
¡La vida es triste y es corta!
No sabrás mientras él viva
Lo que vale aquella hoja....

FRANCISCO A. DE ICAZA.

(5) Traité de la faiblesse de l'homme c. 9.

(6) Pens. tom. 1. art. 6.

(7) *Ego sum via, et veritas, et vita.* (JOAN c. 14. v. 6).



LONDRES: The Albert Memorial

UN INVENTOR

—

—¡Qué, Ulrico! ¿no me contestas— preguntó Lottchen, en extremo despechada.

Ulrico estaba parado junto á la puntiaguda ventanilla, mirando fijamente, al través de los vidrios, el sendero del jardín. En la sombra de la noche que crecía, su duro y enérgico perfil teutónico se suavizaba, y el alto cuerpo se encorvaba, casi presa del cansancio.

—Ulrico, tú no me escuchas—repitió Lottchen, con cierta tristeza en la voz.

El se volvió y á sus labios asomó una sonrisa débil é indecisa. Su mirada vagó incierta por el pequeño cuarto, como si la mente la enviara en persecución de una idea extraviada.

—¿En qué pensabas, pues, mientras yo te hablaba?

—En nada, Lottchen—dijo él por último, con su voz grave y sonora.

—Siempre así, siempre así, Ulrico: me quieres mucho menos que á tus locas fantasías.

Ulrico inclinó la cabeza, y pareció que en torno suyo se condensara más la sombra. Mientras Lottchen continuaba atormentándolo y atormentándose, comenzando nuevamente por la centésima vez sus recriminaciones, él no osaba contestar una palabra. La joven se inclinaba hacia él, para verle el rostro,

pero se retiraba descontenta: en la cara de Ulrico no se veía ninguna impresión. Sólo un leve temblor le agitaba los dedos. Por fin, la rubia Lottchen se calló, encogiéndose de hombros, como si se dijera que todo, todo era inútil; y los dos novios permanecieron largo rato en aquel silencio penoso, lleno de pensamientos dolorosos. De repente, al mismo tiempo que una criada ponía una lámpara monumental en la mesa, una voz infantil gritó de afuera:

—¡Tío Ulrico! ¡Tío Ulrico!

Y un niño entró corriendo en la habitación y trató de subirse á las rodillas del joven. Una vez que hubo conquistado ese puesto, preguntó, en el tono lento y acariciador de los niños:

—¿Me haces el juguetito, tío Ulrico?

Ulrico palideció, se ruborizó,

y puso una mano en la cabeza del niño.

—Te lo haré, Hans.

—¿Lindo?

—Lindo.

—¿Un juguetito que sólo yo tendré, yo sólo? ¿Uno de esos juguetitos lindos, lindos, que sólo tú sabes hacer?

—¡Seguramente! Uno de esos juguetitos lindos que yo sólo sé hacer.

Ulrico por la primera vez, sonrió de orgullo; pero de orgullo ofendido también fue lo que Lottchen ocultó yéndose á otro cuarto. El niño reía y apretaba las manos, como si ya poseyera el precioso juguetillo.

* *

Porque, pocos lo saben y nadie piensa en ello, es una pequeña ciudad de Alemania la que proporciona el contento á todos los niños de Europa. De Nuremberg, la ciudad gótica de arquitectura fantástica y rara, de torres almenadas y casas de madera, de la pequeña Nuremberg salen los tesoros que suscitan la risa en los labios infantiles; las muñecas de rosado rostro de cera, de ojos azules sin pensamiento, de cabellos rubios como la estopa; los muñequitos vestidos de zuavo, de Arlequín, de Rigoleto; las armas milagrosas,—las trompetillas de estaño de sonido estridente; las cajas que encierran caritas microscópicas que huelen á barniz fresco, ar-

bolitos hechos con un palito y un pequeño montón de viruta teñida de verde; los pequeños mobiliarios, las cocinitas; los animalitos, los soldaditos, y, en una palabra, todo el mundo minúsculo, la vida microscópica que prepara al niño para la verdadera vida. A Nuremberg, ciudad de la alegría y de la tranquilidad, donde los inocentes obreros de las fábricas de juguetes sonríen con el consuelo de una conciencia satisfecha; á Nuremberg deberían ir en gozosa peregrinación todos los niños, acompañados de sus madres jóvenes, procesión fúlgida y maravillosa. Y allí deberían saludar con gritos de alegría la casa de Ulrico, del artista grande y desconocido, del inventor grande y humilde.

* *

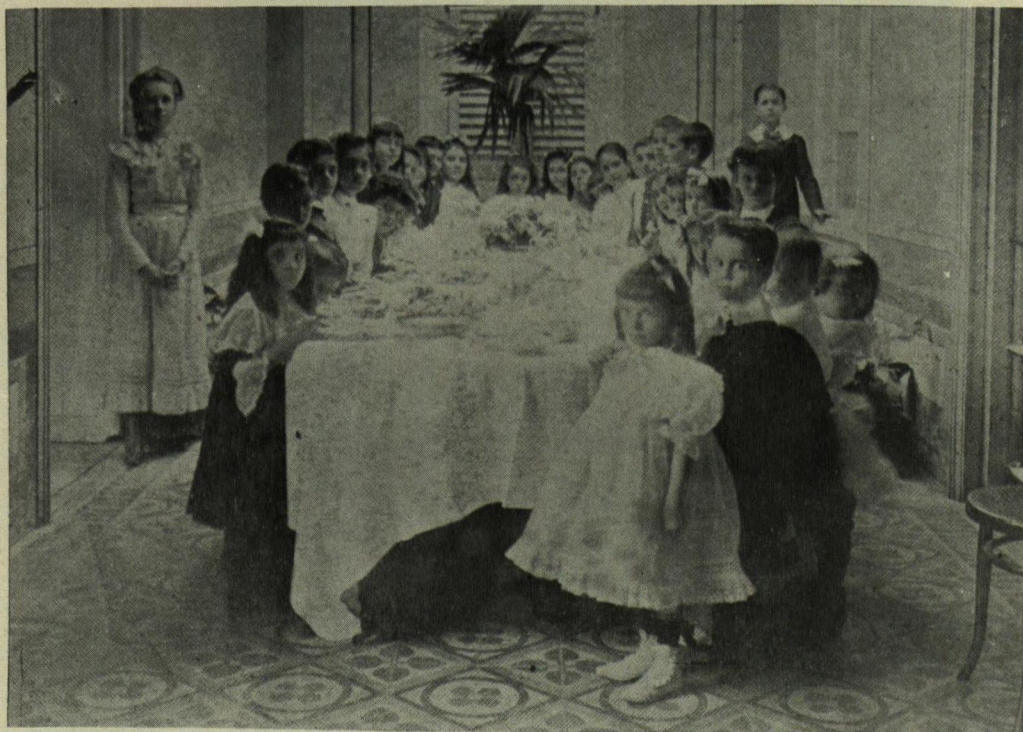
Ulrico había sido un niño desgraciado, en la casa de una dura madrastra. Sabía cuántas lágrimas se pueden derramar en una noche, cómo se pueden sofocar mordiendo la sábana; había conocido la monotonía de las largas horas, pasadas en un rincón obscuro, sentado en una sillita, con las manos en el vientre. No tenía juguetes, y los veía por todas partes y pensaba en ellos á menudo, y los deseaba tácitamente y los llamaba en su corazón. Con sólo cerrar los ojos, los veía en su mente y los desarmaba, los volvía á armar, les buscaba una forma nueva. Al pasar por delante de una fábrica, miraba, tímido, por la puerta entornada. Estar allí dentro habría sido para él una felicidad. Aquellos palitos, aquellos pinceles, aquellos instrumentos, aquellos retazos de tela, esos pedacitos de tabla lo seducían, lo fascinaban. Por la noche, soñaba con ellos. Y también de día era un soñador, perdido en la contemplación de su fantasma. Veía en su imaginación nuevos mecanismos, combinaciones extrañas y audaces; y mientras tanto, seguía siendo un adolescente pálido y débil, de labios descoloridos, de mirada errante, demasiado alto, demasiado flaco, á veces abatido é inerte, á veces con las mejillas encendidas por la fiebre de la idea. Cuando entró de obrero en la fábrica, creyó que se había convertido en rey; pero sufrió profundamente, porque la obra salía de sus manos ruda é incompleta. Lloraba de rabia por aquellas espantosas dificultades manuales, y habría querido morderse los dedos, al verse incapaz de traducir en actos sus fervidas creaciones. Se castigó, condenándose, él que tenía un mundo en el cerebro, á trabajar por copia, á seguir los modelos antiguos. Vivió un año más de deseo redoblado, ardiente, contenido, y se consolaba paseando por la plaza y mirando correr á los niños. Experimentaba una gran ternura que le hacía acudirle las lágrimas á los ojos. En el fondo había seguido siendo él también un niño, de corazón bueno y apasionado.

Así, poco á poco, dominaba y vencía la materia; y sus dedos se volvían expertos y ligeros, afinando su sensibilidad; y ya pudo producir labor útil, ideas nuevas que se habían cerrado, como flores nuevas al calor de su fantasía. Todo consistía en dar una parte de alma á los juguetillos, en infundirles un aliento de vida: él fue quien inventó la muñeca que, cuando la echan, cierra los ojillos; la que dice *papá*,

mamá, la que saluda con la cabeza, la que nada como una ranita. Un día, el director de la fábrica le designó un cuartito solitario, donde pudiera trabajar tranquilamente en hacer modelos que los otros obreros debían reproducir.

De ese cuartito salían todas las pequeñas maravillas que son el consuelo de la infancia. El ratón volante que se precipita por dos zancos de madera; el gimnasta que sube por una escalita, con la agilidad de una ardilla, y se lanza por el otro lado, para volver á comenzar á cada momento su juego; el conejo agazapado que toca el tambor, baja la cabeza y se restrega el hocico con los palillos; el violinista vestido de *marquis*, de raso y oro, que al mismo tiempo toca el violin y baila un paso de gavota; los gansos, los patos, los barquitos atraídos á remolque por una barrita de imán; los caballitos galopantes, los cochecillos automóviles; todo eso salía de las manos de hada de Ulrico. Su inspiración no se agotaba nunca: á veces se apretaba la calurosa frente entre las manos heladas, por temor de que estallara, tantas eran las ideas que golpeaban las paredes de su cráneo para salir; y corría de noche, por el campo, para que el viento de la tempestad le azotara el rostro.

Cuando comenzaba su labor interna para algo nuevo, se concentraba profundamente y nada era capaz de distraerlo: ni la voz de Berta su hermana, ni la de Lottchen, la novia á quien amaba en sus momentos de libertad. El arte tiene de estos feroces egoísmos. Por fin, la obra salía á luz, al cabo de tres ó cuatro días, de tres ó cuatro noches que había pasado en el laboratorio, encorvado sobre sus mecanismos delicados, sin dormir, ni comer, sin tocar siquiera el jarro de cerveza que le ponían al lado: la obra salía á luz, bella y perfecta. Entonces sonreía, cantaba, bailaba de alegría amaba á Berta, amaba á Lottchen, amaba á todo el mundo, vivía, bajaba á la plaza, empuñaba á un par de pequeñuelos y los sofocaba á besos, murmurando, balbuceando, que había trabajado para ellos, que los quería ver contentos, puesto que él había sufrido. Y su pensamiento se detenía en las innumerables cabecitas rubias y morenas que son las estrellas de la tierra; se detenía con horror en los sombríos laboratorios donde tristes inventores trabajaban por crear un arma nueva y más mortífera que las otras,— y entonces su alma se ensanchaba, en



RECUERDO DE UNA FIESTA DE NIÑOS

Grupo tomado en la casa del señor Dr. Fernando E. Guachalla, Ministro de Bolivia en Caracas
(Obsequio del niño Carlos Guachalla á la niña María Cristina Zuloaga)

el orgullo de un trabajo honrado y fecundo.

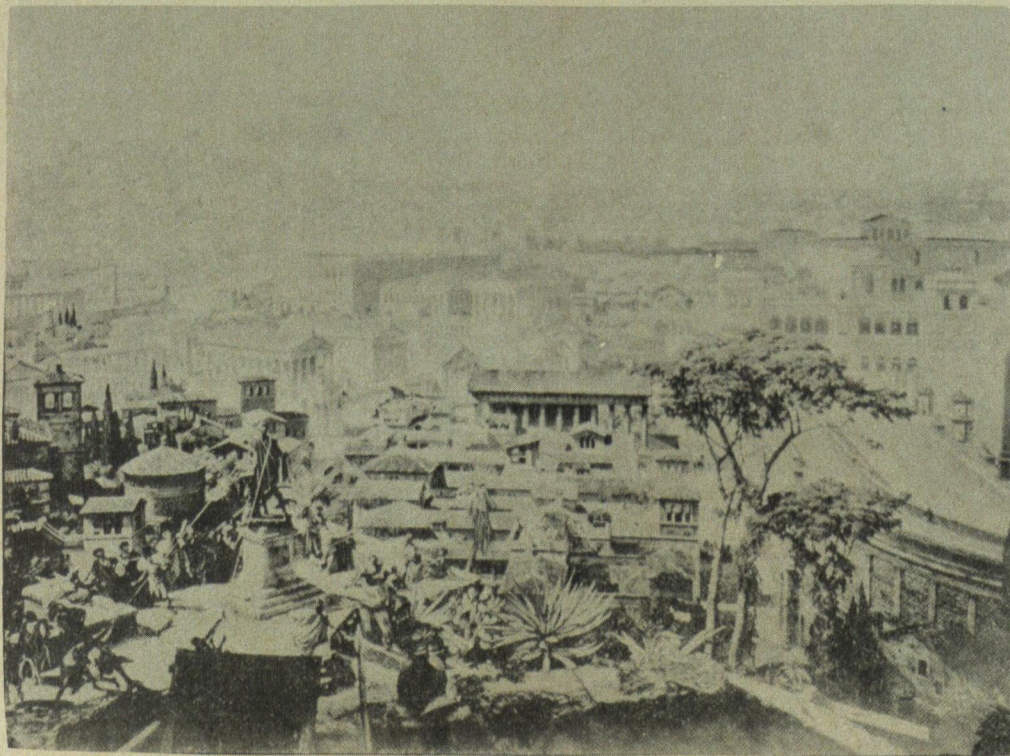
••

No obstante su expresión absorta, descuidada, su distracción, su silencio, la gente lo quería. El director lo apreciaba mucho, como que disfrutaba de su genio inventivo. Berta lo cuidaba como á un gran niño inexperto, animándolo, acariciándolo, dirigiéndolo en todos los

actos de su vida, en la cual se mostraba tan ingenuo. Lottchen lo despreciaba, lo atormentaba y lo amaba. Los niños se lo enseñaban unos á otros en la calle con el dedo, lo seguían, le saltaban al cuello, le hurgaban los bolsillos: era su divina providencia. Iba con la cabeza en las nubes, artista enamorado del arte, soñador incorregible, siempre moviendo los dedos como si tocara masas misteriosas. La idea fija expulsaba poco á poco á



COLISEO Y FORO ROMANO. — Palacios de los emperadores



Janículo — Pórtico de Octavio — Circo Flaminio

El director le daba siempre noticias del favor que alcanzaban esos juguetes: llegaban grandes pedidos. Solamente, un día le dijo con una media sonrisa:

—Sea usted más sencillo.

Ulrico no le hizo caso. Por el contrario, en su mente se enredaban, se complicaban cada vez más, mil formas, mil mecanismos. Hizo un pajarillo que abría las alas, hinchaba el pecho, y cantaba. El director lo admiró, pero no mucho; presentó algunas dificultades para las reproducciones, y luego no dijo nada más. Después de un par de meses, con dureza:

—¿Sabe usted, Ulrico?—le dijo.—El pajarillo ha sido un fracaso. Es demasiado ingenioso: los niños no lo comprenden.

El pobre artista palideció y se calló. Cuando estuvo solo, lloró. ¡De modo que ya los niños no lo comprendían! ¿Se rompía, entonces, el gran vínculo entre él y su pequeño público? Después, obediente y bueno, se esforzó en *hacer sencillo*. No lo conseguía. Había llegado a un punto en que el arte, convertido en poema, no se aviene a volver a ser silabario. Las formas sencillas se le escapaban, y entonces corría nuevamente tras las abstrusidades más altas. El fracaso de sus esfuerzos se acentuaba, y él temblaba de miedo cada vez que salía de sus manos otra de las pequeñas criaturas de su cerebro. Se sentía mortificado. Dudaba de sí mismo, del arte, de todo. Temía haber cometido algún gran error material. Sentía en torno suyo una desconfianza vaga; no osaba mirar de frente a su hermana, a su novia. Los niños le insinuaban sugerencias, y, a veces, un dolor ardiente lo impulsaba casi a preguntarles: «Pero ¿qué puedo hacer de mejor? ¿Por qué no os comprendo ya, por qué vosotros no me comprendéis ya? A veces huía al campo a exhalar a solas sus lamentos. Casi odiaba ya a su arte: dejaba ociosos los instrumentos, desierto el cuartito, secos los pinceles. Pensaba demasiado, desde hacía algún tiempo. Su pensamiento se extrañaba. Estaba enfermo, tenía

todas las demás. A veces se aturdió hasta el extremo de permanecer extático durante un par de minutos; luego comenzaba en su cerebro una danza infernal de ideas que se atropellaban entre sí, y entonces, no habían tenido todavía los operarios tiempo para copiar un modelo, cuando ya salía del cuartito una nueva obra. El director sonreía. Lottchen se ponía más y más triste, más y más colérica; y el pulso de Ulrico se

agitaba con una fiebre continua que le consumía y renovaba la sangre. Cada vez más experto en el arte, había penetrado todos sus secretos, había llegado a la finura del último toque, de la más ligera sutilización, a la elegancia más graciosa, al gusto refinado, a la solidez, a todas las cualidades reunidas en una armonía completa. Creaba juguetes maravillosos, y nunca, nunca se había sentido tan intensamente feliz.

un fuego insolito en los ojos. Después, al fin de un largo período de inercia, tomó una resolución enérgica y se encerró en su laboratorio. Quería maravillarlo a todos con un trabajo estupendo, readquirir de golpe su fama de artista, reconquistar para sí la admiración y la risa de los niños. Concentró toda su atención, puso en juego útilmente, reuniéndolas, redoblándolas, las fuerzas del arte; labró hasta la perfección cada

una de las piezas, trabajándolas con amor infinito, con ardor, con la pasión de la desesperación.

De aquello salió un juguete extraordinario: en el mismo plano, una fábrica: aldeanillas que batían manteca, ovejas que pacían, gallinas que picoteaban, el gallo en el campanario de la iglesia, el agua del arroyo por entre las piedras, las lavanderas que lavaban: se tiraba una cuerda y todo ese mundo se movía, el gallo cantaba, las gallinas cacareaban, las aldeanitas agitaban los brazos, las ovejas arrancaban la hierba, el arroyo corría, las lavanderas lavaban. Una maravilla, en la ejecución de la cual Ulrico había agotado toda la potencia de su ingenio. Una vez que la hubo terminado, una satisfacción penetró en su alma exacerbada: sonrió, al cabo de tanto tiempo que no sonreía. Pero cuando fue a exhibir a la luz su obra maestra, tembló.....

Estaba sentado en su cuartito, con la cabeza entre las manos, ansioso, trémulo. Era la última prueba que intentaba.

Lottchen apareció en la puerta.

—¿Dónde está Hans?—preguntó vivamente.

—Allá está.

—¡Lámalo.

—No vendrá.

—¿Por qué?

—Tiene miedo de venir.

—¿Miedo de venir?... ¿Y por qué?...

—No te aflijas, Ulrico, y no castigues al chico. Ha roto el juguete.

—...¿Lo ha roto?

—De rabia. No lo comprendía. Ulrico.

Ahora, cuando la luna derrama su luz pálida por los caminos vecinos a Nurenberg, y todos duermen, un hombre corre y gesticula, ó si no, se sienta en el suelo y mira al cielo. Pero sus dedos se agitan, como si trabajaran en torno de misteriosos mecanismos. Es Ulrico que divaga, pues tiene en el cerebro la idea grandiosa é informe de un juguete monstruoso, cruel, imposible.

MATILDE SERAO.

EN LA BOCA DEL HORNO

COMO en agosto, Valencia entera desfallece de calor, los trabajadores del horno se asfixiaban junto á aquella boca que exhalaba el ardor de un incendio.

Desnudos, sin otra concesión á la decencia que un blanco mandil, trabajaban cerca de las abiertas rejas, y aun así, su piel inflamada parecía liquidarse con la transpiración, y el sudor caía á gotas sobre la pasta, sin duda para que cumpliéndose á medias la maldición bíblica, los parroquianos, ya que no con el sudor propio, se comieran el pan empapado en el ajeno.

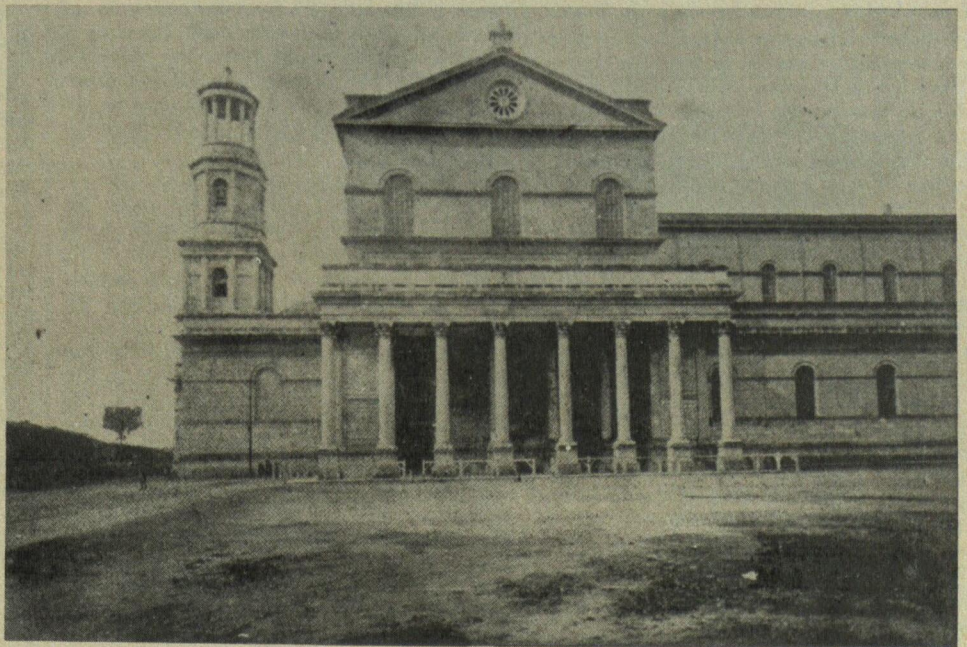
Cuando se descorría la mampara de hierro que tapaba el horno, las llamas enrojecían las paredes, y su reflejo, resbalando

por los tableros cargados de masa, coloreaba los blancos taparrabos y aquellos pechos atléticos y bíceps de gigante, que espolvoreados de harina y brillantes de sudor, tenían cierta apariencia de carne femenil.

Las palas se arrastraban dentro del horno, dejando sobre las ardientes piedras los pedazos de pasta, ó sacando los panes cocidos, de rubia corteza, que esparcían un humillo fragante de vida; y



LONDRES: Abadía de Westminster



ROMA: Basílica de S. Paolo (claustral)

mientras tanto, los cinco panaderos, inclinados sobre las largas mesas, aporreaban la masa, la estrujaban como si fuese un lio de ropa mojada y retorcida y la cortaban en piezas, todo sin levantar la cabeza, hablando con voz entrecortada por la fatiga, y entonando canciones lentas y monótonas, que muchas veces quedaban sin terminar.

A lo lejos sonaba la hora cantada por los serenos, rasgando vibrante la bochornosa calma de la noche estival; y los trasnochadores, que volvían del café ó del teatro, deteníanse un instante ante las rejas para ver en su antro á los panaderos que desnudos, visibles únicamente de cintura arriba, y teniendo por fondo la flameante boca del horno, parecían ánimas en pena de un retablo del Purgatorio: pero el calor, el intenso perfume del pan y el vaho de aquellos cuerpos, dejaban pronto las rejas libres de curiosos y se restablecía la calma en el obrador.

Era entre los panaderos el de más autoridad, Tono el Bizco, un mocetón que tenía fama por su mal carácter é insolencia brutal; y eso que la gente del oficio no se distinguía por buena.

Bebía, sin que nunca le temblasen las piernas ni menos los brazos; antes bien, á éstos les entraba con el calor del vino un furor por aporrear, cual si todo el mundo fuese una masa como la que aporreaba en el horno. En los ventorrillos de las afueras temblaban los parroquianos pacíficos, como si se aproximara una tempestad, cuando le veían llegar de merienda al frente de una cuadrilla de gente del oficio, que reía todas sus gracias. Era todo un hombre. Paliza diaria á la mujer; casi todo el jornal en su bolsillo, y los chiquillos, descalzos y hambrientos, buscando con ansia las sobras de la cena en aquella cesta que por las noches se llevaba al horno. Aparte de esto, un buen corazón, que se gastaba el dinero con los compañeros, para adquirir el derecho de atormentarlos con sus bromas de bruto.

El dueño del horno le trataba con cierto miramiento como si le temiera, y los camaradas de trabajo, pobres diablos cargados de familia, se evitaban compromisos, sufriendolo con sonrisa amistosa.

En el obrador, Tono tenía su víctima: el pobre *Menut*; un muchacho enclenque que meses antes aún era aprendiz, y al que los camaradas reprendían por el excesivo afán de trabajo que mostraba, siempre ansiando un aumento de jornal para poder casarse.

¡Pobre *Menut*! Todos los compañeros, influidos por esa adulación instintiva en los cobardes, celebraban alborozados las bromas que Tono se permitía con él. Al buscar sus ropas, terminado el trabajo, encontrábase en los bolsillos cosas nauseabundas; recibía en pleno rostro bolas de pasta, y siempre que el mocetón pasaba por detrás de él, dejaba caer sobre su encorvado espinazo la poderosa manaza, como si se desplomara medio techo.

El *Menut* callaba resignado. ¡Ser tan poquita cosa ante los puños de aquel bruto, que le había tomado como un juguete!

Un domingo por la noche, Tono llegó muy alegre al horno. Había merendado en la playa; sus ojos tenían un jaspeado sanguinolento, y al respirar lo impregnaba todo de ese hedor de chufas que delata una pesada digestión de vino.

¡Gran noticia! Había visto en un me-

rendero al *Menut*, á aquel ganso que tenían delante. Iba con su novia; una gran chica. ¡Vaya con el gusano tísico! Bien había sabido escoger.

Y entre las risotadas de sus compañeros, describía á la pobre muchacha con minuciosidad vergonzosa, como si la hubiera desnudado con la mirada.

El *Menut* no levantaba la cabeza, absorto en su trabajo; pero estaba pálido, como si dentro del estómago se revolviere la merienda mordiéndole. No era el de todas las noches: también él olía á chufas, y varias veces sus ojos, apartándose de la masa, se encontraron con la mirada bizca y socarrona del tirano. De él podía decir cuanto quisiera, estaba acostumbrado; ¿pero hablar de su novia?... ¡Cristol...

El trabajo resultaba aquella noche más lento y fatigoso. Pasaban las horas sin que adelantasen gran cosa los brazos torpes y cansados por la fiesta, á los que la masa parecía resistirse.

Aumentaba el calor; un ambiente de irritación se esparcía en torno de los panaderos, y Tono, que era el más furioso, se desahogaba con maldiciones. Así se volviera veneno todo el pan de aquella noche. Rabiarse como perros á la hora en que todo el mundo duerme, para poder comer al día siguiente unos cuantos pedazos de aquella masa indecente. ¡Vaya un oficio!

Y enardecido por la constancia con que trabajaba el *Menut*, la emprendió con él, volviendo á sacar á ruedo la belleza de su novia.

Debía casarse pronto. Les convenía á los amigos. Como él era un bendito, un cualquier cosa, sin pelo de hombre si quiera.... Los compañeros ¿eh?... Los buenos mozos como él, harían el favor....

Y antes de terminar la frase guiñaba expresivamente sus ojos bizcos, provocando la carejada brutal de todos los camaradas. Pero duró poco la alegría. El joven había lanzado un voto redondo, al mismo tiempo que una cosa enorme y pesada pasó silbando como un proyectil por encima de la mesa, haciendo desaparecer la cabeza de Tono, el cual vaciló y se agarró á los tableros, doblándose sobre una rodilla.

El *Menut*, con una fuerza nerviosa, jadeante el angosto pecho y trémulos los brazos, le había arrojado á la cabeza todo un montón de masa, y el mocetón aturdido por el golpe, no sabía cómo despojarse de aquella máscara pegajosa y asfixiante.

Le ayudaron los compañeros. El golpe le había destrozado la nariz y un hilillo de sangre teñía la blanca pasta. Pero Tono no se fijaba en ello, revolviéndose como un loco entre los brazos de sus compañeros y pidiendo á gritos que le soltasen. En eso pensaban. Todos habían visto que aquel maldito, en vez de abalanzarse sobre el *Menut*, intentaba llegar hasta el rincón donde colgaban sus ropas, buscando, sin duda, la famosa faca, tan conocida en las tabernas de las afueras.

Hasta el encargado del horno dejó quemarse una fila de panes para ayudar á contenerle, y nadie pensaba sujetar al agresor, convencidos todos de que el infeliz no había de pasar de su primer arrebató.

Apareció el dueño del horno. ¡Qué oído el de aquel tío! Le habían desperta-

do los gritos y el pataleo, y allí estaba casi en paños menores.

Todos volvieron á su trabajo y la sangre de Tono desapareció en las entrañas de la pasta, vuelta á sobar.

El mocetón mostrábase benévolo, con una bondad que daba frío. No había ocurrido nada: una broma de las que se ven todos los días. Cosas de chico, que los hombres deben perdonar. Ya era sabido.... ¡entre compañeros!....

Y siguió trabajando, pero con más ardor, sin levantar cabeza, deseando acabar cuanto antes.

El *Menut* miraba á todos fijamente y se encogía de hombros con cierta arrogancia, como si rotara su timidez, le costara trabajo volver á recobrarla.

Tono fue el primero en vestirse y salió acompañado hasta la puerta por los buenos consejos del amo, que él agradecía con cabezadas de aprobación.

Cuando se fué el *Menut*, media hora después, los camaradas le acompañaron. Le hicieron mil ofrecimientos. Ellos se encargarían de ajustar las paces por la noche; pero mientras tanto, quieto en casa, y á evitar un mal encuentro, no saliendo en todo el día.

Despertábase la ciudad. El sol enrojecía los aleros; retirábanse en busca del relevo los guardias de la noche, y en las calles sólo se veían las huertanas cargadas de cestas camino del mercado.

Los panaderos abandonaron al *Menut* en la puerta de su casa. Vió cómo se alejaban, y aún permaneció un rato inmóvil, con la llave en la cerraja, como si gozara viéndose solo y sin protección. Por fin se había convencido de que era un hombre; ya no sentía crueles dudas y sonreía satisfecho al recordar el aspecto del mocetón cayendo de rodillas y chorreando sangre. ¡Granuja!.... ¡Hablar tan libremente de su novia! Nó: no quería arreglos con él.

Al dar la vuelta á la llave oyó que le llamaban:

—¡*Menut*! ¡*Menut*!

Era Tono, que salía detrás de una esquina. Mejor: le esperaba. Y junto con un temblorillo instintivo, experimentó cierta satisfacción. Le dolía que le perdonasen el golpe, como si fuera él un irresponsable.

Al ver la actitud agresiva de Tono, púsose en guardia como un gallito encrespado; pero los dos se contuvieron notando que llamaban la atención de algunos albañiles que con el saquito al hombro pasaban camino del andamio.

Se hablaron en voz baja, con frialdad, como dos buenos amigos; pero cortando las palabras como si las mordieran. Tono venía á arreglar rápidamente el asunto: todo se reducía á decirse dos palabritas en sitio retirado. Y como hombre generoso incapaz de ocultar la extensión de la entrevista, preguntó al muchacho:

—¿*Portes ferramenta*?

¿El, herramienta? No era de los guapos que van á todas horas con la navaja sobre los riñones. Pero tenía arriba un cuchillo que fue de su padre, é iba por él: un momento de espera nada más. Y abriendo el portal, se lanzó por la angosta escalerilla, llegando en un vuelo á lo más alto.

Bajó á los pocos minutos; pero pálido é inquieto. Le había recibido su madre,

que estaba arreglándose para ir á misa y al mercado. La pobre vieja extrañaba aquella salida y había tenido que enganarla con penosas mentiras. Pero ya estaba él allí con todo su arreglo. Cuando Tono quisiera... ¡andando!

No encontraban una calle desierta. Abríanse las puertas, arrojando la fétida atmósfera de la noche, y las escobas arañaban las aceras, lanzando nubecillas de polvo en los rayos oblicuos de aquel sol rojo, que asomaba al extremo de las calles como por una brecha.

En todas partes guardias que les miraban con ojos vagos, como si aun no estuvieran despiertos; labradores que con la mano en el ronzal, guiaban su carro de verduras, esparciendo en las calles la fresca fragancia de los campos; viejas arrebuadas en su mantilla, acelerando el paso como espoleadas por los esquilonos que volteaban en las iglesias próximas; gente, en fin, que al verles metidos en el negocio, chillaría ó se apresuraria á separarles. ¡Qué escándalo! ¿Es que dos hombres de bien no podían pegarse con tranquilidad en toda una Valencia?

En las afueras, el mismo movimiento. La mañana, con su exceso de luz y actividad, envolvía á los dos trasnochadores como para avergonzarles por su empeño.

El *Menut* sentía cierto decaimiento, y hasta probó á hablar. Reconocía su imprudencia. Había sido el vino y su falta de costumbre; pero debían pensar como hombres, y lo pasado... pasado. ¿No pensaba Tono en su mujer y los chiquillos, que podían quedar más desamparados que estaban? El aún estaba viendo á su viejecita y la miraba ansiosa con que le siguió al abandonarla. ¿Qué comería la pobre si se quedaba sin hijo?

Pero Tono no le dejó acabar. ¡Gallina! ¡Morrall! ¿Y para contarle todo aquello iban vagando por las calles? Ahora mismo le rompía la cara.

El *Menut* se hizo atrás para evitar el golpe. También él mostró deseos de agarrarse allí mismo; pero se contuvo viendo una tartana que se aproximaba lentamente, balanceándose sobre los baches de la ronda y con su conductor todavía adormecido.

—¡Ché, tartanero... pára!

Y abalanzándose á la portezuela, la abrió con estrépito é invitó á subir á Tono, que retrocedía con asombro. El no tenía dinero: ni esto. Y metiéndose una uña entre los dientes, tiraba hacia afuera.

El joven quería terminar pronto. «Yo pagaré». Y hasta ayudó á subir á su enemigo, entrando después de él y subiendo con presteza las persianas de las ventanillas.

—¡Al Hospital!

El tartanero se hizo repetir dos veces la dirección, y como le recomendaban que no se diera prisa, dejó rodar perezosamente su carruaje por las calles de la ciudad.

Oyó ruido detrás de él, gritos ahogados, choque de cuerpos, como si se rieran haciéndose cosquillas, y maldijo su perra suerte, que tan mal comenzaba el día. Serían borrachos, que después de pasar la noche en claro, en un arranque de embriaguez llorona, no querían meterse en la cama sin visitar algún amigote enfermo. ¿Cómo le estarían poniendo los asientos!

La tartana pasaba lenta y perezosa por



UNA CALLE DE NAPOLES

entre el movimiento matinal. Las vacas de leche, de monótono cencerreo, husmeaban sus ruedas; las cabras, asustadas por el rocín apartábanse sonando sus campanillas y balanceando sus pesadas ubres; las comadres, apoyadas en sus escobas, miraban con curiosidad aquellas ventanillas cerradas, y hasta un municipal sonrió maliciosamente, señalándola á unos vecinos. ¡Tan temprano y ya andaban por el mundo amores de contrabando!

Cuando entró en el patio del Hospital, el tartanero saltó de su asiento y acariciando su caballo esperó inútilmente que bajasen aquel par de borrachos.

Fué á abrir, y vió que por el estribo de hierro se deslizaban hilos de sangre.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó, abriendo de un golpe.

Entró la luz en el interior de la tartana. Sangre por todas partes. Uno en el suelo, con la cabeza junto á la portezuela. El otro caído en la banqueta, con el cuchillo en la mano y la cara blanca como de papel mascado.

Acudieron las gentes del Hospital, y manchándose hasta los codos, vaciaron aquella tartana, que parecía un carro del Matadero, cargado de carne muerta, rota, agujereada por todas partes.

V. BLASCO IBAÑEZ.



EN LA MUERTE

DE

JACINTO GUTIERREZ-COLL

Cuando llegaste al fin de la pendiente
Y el juez Posteridad abrió tu juicio,
Se oyó de abnegación, de sacrificio,
De egregia lira y lauro refulgente.

Enlutada la Patria alzó doliente,
Lastimero clamor, á ti propicio:
—¡Ciudadanos, llorad: murió el patricio!
Pensadores, gemid: se fué el vidente!—

Mas, sobre el verbo mismo que pregona
Tu grandeza moral: sobre esas palmas,
Lauros y flores del aprecio humano,

Luz más intensa brilla en tu corona;
Esa luz por la cual dicen las almas:
—¡Recíbelo, Señor: era un cristiano!—

P. FORTOULT HURTADO.

Barbada, 1901.

AVE, IDEAL!

Tu apariencia de mármol agravó mi delirio,
imaginé una estatua como una ilusión;
desprendí de mi culto la pureza de un lirio
y te di en la pureza todo mi corazón.

Con mi hábil contacto corregí el artificio
de las imperfecciones que bordaban tu piel;
lustré tus actitudes y te hice el sacrificio
de una gota de sangre y una gota de miel.

Así de la obra inculta te sustraje á la vida
del Arte, del Amor y de la Juventud;
deposité en tu mano el cetro de Elegida
y te dije un elogio al són de mi laud.

Ya semejas un Símbolo: tienes busto de lira
y las sinuosidades de una estrofa gentil,
¡si pudiera extenuarte la sonrisa que gira
vagamente en tu boca como un ala sutil!

¡Ah, si fuesen tus ojos tal como una piscina
para yo ungir mi frente con tu lloro lustral,
si pudiera clavarte en el alma una espina
y enternecerte el alma: Ave, ave, Ideal!

MAXIMILIANO GUEVARA.

ISABEL LA GRANDE

Cerebro y corazón, fue para España,
angel, reina, mujer; propiciatoria
al gran descubridor; para la Historia,
astro que nunca su esplendor empaña.

Con sublime intuición que no se engaña,
vió de Colombo la inmortal victoria;
y, uncido al carro de la hispana gloria,
¡el Continente que Amazonas baña!

Genio y abnegación, sus claridades
rasgaron las obscuras soledades,
ruta ignorada de la tierra nueva!

Desde entonces la escala está tendida;
y América española, decidida,
hacia la cumbre sus pendones lleva!

ENRIQUE PEREZ VALENCIA.

México, junio 5 de 1901.

UN BESO SOBRE UNA ROSA

NOCTURNO CABALLERESCO

En el castillo su dulce queja
de noche entablan así los dos:
la castellana sobre la reja
y junto al foso su trovador.

—Tardado habedes, mi caballero...
—Señora, mucho! mas non por mí:
cerróme el paso traidor acero
mas la mi espada le fizo huir.

—Os acechaban?

—Rival mortale
mi venturanza matar creyó
é me aguardaba con su puñale
cabe la sombra del torreón.

—Jesús! si hubiera, cruel homecida,
causadoos muerte con su arma vil,
el mesmo golpe, la mesma herida
que á vos malara, matara á mi.

—Oh! non merezco, bella señora,
fagais cuidosa tanta merced:

yo soy captivo que vos adora,
vos sois la reina que manda en él.

Dejades libres de vanas cuitas
el pensamiento y el corazón,
é oid las trovas que amor escritas
dejó en el pecho del trovador:

De los fijos de Mahoma
no me doma
la fendiente yatagán,
mas mis bríos son burlados
si clavados
vuestros ojos en mi están.

Aunque á mi ánimo le plazca
la borrasca
con sus rayos é aquilón,
se conturba al leve giro
de un suspiro
que lanzeis del corazón.

Es que sois, bella criatura,
dulce, pura,
fermosísima é gentil,
é os adoro con la vida,
flor nascida
de Granada en el pensil.

La fiereza de la guerra
non me aterra
pues vitoria gano en pos,
porque pienso en mi arrebató
que combato
por mi dama é por mi Dios.

Sobre el moro voy mañana,
castellana,
revolviendo con afán;
si me diéredes memoria
de mi gloria
las fazañas crecerán.

¡Ah! si fuérame otorgado
ser alado,
yo volara donde vos,
é rogara á vuestra boca
mi ansia loca,
solo un beso entre el adios!....

Suena el último acento de la lira;
extinguese el cantar del paladín;
la hermosa dama, lánguida suspira,
y luego dice al trovador así:

Mi buen caballero;
de vuestro cantado
mi sér ha guardado
las notas aquí:
partid al combate,
marchad alentado
que bien recordado
quedades por mí.

Amádesme mucho:
del vil sarraceno
tornad como bueno
feliz triunfador;
é habed esa rosa
que lleva en su seno
fragante y sereno
mi beso de amor!

¡Oh!.... gracias, señora, exclama
el guerrero venturoso,
viendo á la orilla del foso
la blanca rosa caer;
y alzándola hasta sus labios
repite con embeleso:
¡Oh! ¡gracias!.... el vuestro beso
siento en sus hojas arder!!

Después; dos ayes se confundieron;
triste, doliente, se oyó un adios.....
y entre las sombras desaparecieron
la castellana y el trovador.

PAULO EMILIO ROMERO.

REVISTA DE REVISTAS

El horóscopo del siglo xx.—Fuerza y debilidad de Europa.—¿Ociosidad literaria?—El uso de los pseudónimos.—El arte y el vulgo.



N la nueva Revista italiana *Cyrano de Bergerac*, que ha empezado á publicarse en Roma, dedica Aquiles Loria un artículo al horóscopo del siglo xx.

¿Qué es lo que no será el siglo xx? No será el siglo de la paz, el siglo cuya sangrienta aurora refleja los bárbaros estragos de las guerras de China y del Transvaal; ni el siglo de la música, el que comienza señalándose por la más espantosa decadencia del arte musical; siendo todavía menos probable que sea el siglo de la poesía; y cuando se advierte el dominio de la razón sobre el sentimiento y el enfriamiento de las relaciones sociales, puede anticiparse que el siglo xx tampoco será el siglo del amor, ni menos el del heroísmo ni el martirio; los trajes y modas imperantes no permiten creer que sea el siglo de la elegancia, y la evidente decadencia de las Asambleas políticas hace presumir que no será el siglo de la elocuencia; la opereta bufa y la novela psicológica desaparecerán probablemente, y de creer es que el siglo xx asistirá también al sepelio, sin pompa, de las conferencias, del café cantante, de los bailes de beneficencia y del *calembourg*.

Pero ¿qué será entonces el siglo xx? En el campo físico será el siglo del *sport*, del automovilismo, de la perecuación de los sexos, de la masculinización ó machificación de la mujer y del reverdecimiento de nuestras razas, gastadas por una existencia demasiado cerebral y neurótica. En el campo mental será el siglo de las enciclopedias, de los diccionarios, de las bibliografías, de las historias, de las menudencias eruditas, de las micrologías inanimadas, del eclecticismo sistemático.

En la ciencia y sus aplicaciones será el siglo de la electrotécnica, de la biología y de la psicología, que permitirá al hombre ejecutar las más diversas funciones, por medio de aparatos mecánicos; que analizará todo, razonará sobre todo y no dejará ni una salida á la explosión espontánea del pensamiento ni á la irracionalidad de la pasión. En el campo de la acción será el siglo de la previsión y del seguro, que someterá todo individuo al cálculo de la probabilidad, que encerrará á cada hombre en una casilla y lo transformará en una cifra: siglo de la cooperación y del socialismo; siglo fecundo en expedientes propios para mitigar los dolores de la civilización y para elevar en alguna medida la suerte de las clases más numerosas y necesitadas. Esa será su más pura gloria, que le compensará de glorias más brillantes y estrepitosas.

Si no tendrá grandiosos triunfos militares ni óperas profundas, fruto maravilloso de una vida entera de estudio y de meditación, ni mártires sublimes ni

héroes inmaculados: si no tendrá Austen, ni *El origen de las especies*, Jordán Bruno ni Praxiteles, tendrá, sin embargo, la santa batalla de la humanidad anónima, contra los sufrimientos y los abusos, y los silenciosos triunfos de la justicia, sobre la maldad y el fraude. No será el nuevo siglo ni un numen, ni un demonio, ni menos, como el pasado siglo, lo uno y lo otro á la vez; pero será un hombre, práctico, laborioso, modesto, conocedor de las dificultades y asimetrías de la vida y que procederá, con serena tenacidad al logro de un equilibrio superior.

..

Lord Salisbury, con su voz mordaz y guasona, se complacía—dice en la *Revue Bleue* Héctor Depasse—en profesar la doctrina de que todos los pueblos cuya casa y campo ambicionan los ingleses, son pueblos en decadencia. La defensa de los boers, los dos años de la guerra de Africa, en que todas las fuerzas de Inglaterra, con el apoyo de Australia y del Canadá, no han logrado dar cuenta de un pueblecillo de labradores, rebajan extraordinariamente tamañas pretensiones.

Las actitudes arrogantes y las frases sonoras han perdido su efecto; la ironía de las palabras ha sido derrotada por la ironía de los acontecimientos. El punto de vista del mundo ha cambiado, y la relación entre el poder de Inglaterra y el de los demás países aparece hoy de modo muy diferente del que se creía. Los boers han patentizado que un pueblo injustamente acometido es vencido cuando consiente en serlo. Los boers han prestado un gran servicio á la conciencia humana: han hecho tocar con el dedo la debilidad oculta bajo los armamentos más formidables. Antes de su ejemplo han podido pasar en Europa cosas que seguramente no pasarán después; se avergonzaria uno de serles inferior en grandeza de alma, en inclinarse y ceder allí donde ellos, tan pequeños, han sabido resistir invenciblemente. Ellos han revelado la enfermedad de un gran Imperio, disipando perjuicios é ilusiones y aniquilando prestigios seculares. Esos pobres aldeanos han labrado el campo de la opinión, regando con su sangre la lección de la humanidad.

Inglaterra, según la costumbre de los grandes políticos, pondrá cada vez más su confianza en los medios porque ha sido derrotada, en el culto exclusivo de la fuerza material; la política, tal como siempre se ha entendido, consiste en perseverar en sus faltas hasta el último extremo, en no reconocer jamás que uno se ha equivocado, en oponer á las lecciones de la experiencia el orgullo y la ceguera más incorregibles. Inglaterra es la nación más satisfecha de sí misma: Salisbury y Chamberlain son los más satisfechos de los todos los igleses.

Se pregunta uno al ver lo que pasa, si no ha sido un prejuicio y una superstición del Continente creer en la libertad inglesa proclamada en los libros y envidiarla. Un Chamberlain, ex-radical y socialista, metamorfoseado en sectario del agiotaje sin escrúpulo, ha podido lanzar á Inglaterra en una aventura, como si hubiera sido un César cualquiera. La gran Inglaterra, renegando de su historia desde Cobden á Gladstone, tiene que



Monumento erigido al General Falcón, en Ciudad Bolívar (De la casa Roversi — Caracas)

recurrir al proteccionismo, gravando el azúcar y el carbón; volviendo á sistemas que siempre ha estimado indignos; yendo derecha al servicio militar obligatorio, del que siempre se había creído libre, y gastando su sangre y su dinero del modo más ruinoso.

Se ha reconocido que el presupuesto de Guerra no podrá bajar en adelante de 750 millones de francos, 450 millones más de lo que gastaba hace cuatro años; Alemania gasta 800 millones, Rusia 750, Francia 675; y eso sólo en el ejército, sin contar la marina. Este aumento horrible é incesante, en el que algunos economistas creen ver la manifestación de un estado de fuerza y de vigor, es precisamente todo lo contrario, siendo evidente que Europa ha perdido su fuerza moral y política desde que ha consagrado tanto dinero y tanto trabajo al aumento de sus ejércitos.

Si Europa, armada como lo está, fuese una fuerza moral y política, no habría asistido impotente á la destrucción de un pueblo de su familia y de su sangre; si Inglaterra fuese una fuerza de razón y de equidad, no gastaría sus fuerzas en aniquilar una de las más hermosas

conciencias de pueblo y el más precioso elemento de la civilización en el Africa austral; pero Europa, desde hace un cuarto de siglo, no hace más que coleccionar afrentas y desengaños: dígalos la audaz apertura de las balijas diplomáticas por el Sultán de Turquía, la destrucción sistemática de la raza armenia y el aplastamiento de España en las Antillas y Filipinas, aniquilación de uno de los más hermosos Imperios coloniales que Europa haya poseído para su gloria común.

No es con golpes teatrales ni con farsas más ó menos bien montados como Europa saldrá con bien de sus negocios, mientras América hace sentir su acción positiva en Asia y hasta en el Mediterráneo; mientras la nueva confederación australiana aspira ya en alta voz al dominio del Pacífico, poniendo sus manos en la Nueva Guinea y en las islas de Fidji y Samoa, y mientras el Japón eleva rápidamente su ciencia y su industria. La política de guerra y de conquista se hace cada día más impracticable en Europa, arruinada por una política imposible, y se entrevé el momento en que los Estados Unidos de Europa, esa confederación

ción que ha podido parecer durante tanto tiempo una quimera utópica, sea, sin tardar mucho, la única solución radical y posible de la situación porque atravesamos.

*
**

¿Para qué sirven los pseudónimos?—se pregunta Ernesto Carlos en la *Revue Bleue*.—¿Creen quizá los escritores que pican más la curiosidad del público tomando un nombre imprevisto, un nombre fuera de circulación? Se publican hoy demasiados libros para que la curiosidad pueda excitarse eficazmente por tales procedimientos. ¿Se dirá que los escritores toman los pseudónimos para huir de odios particulares ó por temor del Gobierno? La policía está bastante bien organizada, y la indiscreción es tan rápida, que un pseudónimo no disimula nada. ¿Para qué, entonces los pseudónimos? No se sabe; pero lo cierto es que se multiplican.

Los hay conocidos de todo el mundo; el provinciano, que los retiene en su memoria, se convierte por eso sólo en un verdadero parisién. Que Anatolio France se llame Thibaut, y Pedro Julián Viaud, y Gyp la condesa de Martel, no hay nadie que lo ignore. El señor Courteline ha hecho saber que se llama Moinaux, Quesnay de Beaurepaire tiene por nombre literario el de Julio de Glouvet, como Caliban corresponde á Emilio Bergerat y Nestor ó Colomba á Enrique Fouquier. La fama de Caran d'Ache es grande; pero muchos no saben que el nombre del célebre dibujante es Manuel Poirret, como ignoran que Renato Maizeroy es el barón Toussaint.

Las mujeres son todavía más aficiona-

das que los hombres á ocultar su personalidad, ya porque temen el brillo demasiado violento de la gloria, ya por su amor al misterio, ya por la novedad ó por modestia ó porque no les agrade lo vulgar de su verdadero nombre. Las que no son nobles se ennoblecen, y las que lo son suelen desdeñar sus títulos y sus partículas al mezclarse con la grey

Camilo Bruno, lo cual es menos comprensible, como tampoco se comprende la razón que hayan tenido las señoras Marniere, Rieuxpeyroux y Esnar de Belley para preferir á sus nombres los de Marini ó Voila, Lucía de Alcq y Gabriela de Arvor, la señora Valette ha elegido el pseudónimo de Rachilde; la condesa Fleury, el de Ossit; la condesa

Puliga, el de Brada, y la señora de Rute firma á veces Camilo Bernard, vizconde de Albeni. La señora Barzalon de Laspeyres se firma Manuel de Grandfort, cosa explicable; pero cuando se ve que á veces firma Safo, se queda uno al pronto cortado, aunque luego entra en deseos de conocer las obras que llevan semejante firma. El pseudónimo más original es el de la señora Leconte de Noüy, que suele firmar «El autor de *Amistad Amorosa*,» lo que prueba el valor que da á su primera obra, su modestia, al creer que no podía escribir otra mejor, y su deseo de que se la designe por ese nombre, como se designa á los más famosos autores por el de sus obras más conocidas.

Mejor se comprenden los motivos que impulsan á la gente de teatro, especialmente á las actrices, á tomar nombres de guerra, aunque la mayor parte lo hacen por esconder

la vulgaridad de sus apellidos, habiéndose dicho, no sin razón, que el Conservatorio está lleno de hijas de porteras; los cómicos suelen salir del pueblo, y el pueblo lleva pocas veces nombres elegantes ó graciosos: así, Jane Hading es Juanita Hadingue, la Dudlay es Dulait; Delna, Ledant; Bertiny, Brogniart; Marcela Lender, María Bastien; Marsy, Brochard; Cassive, Duval; Desclauzas, Armand; Odeta Dulac, Juana Latrille; Pierny, Pelletier;



Jeanne Granier — Artista del Teatro de Variedades, de París

escritora, conservando, sin embargo, generalmente, su personalidad femenina en los nombres de adopción. Las señoras Loiseau, Blanc, Vincent y Durand firman Daniel Lesueur, Th. Bentzon, Arvedio Barine y Enrique Greville, y se comprende, dada la vulgaridad de sus nombres; Lucía Herpin firma, por su parte, Luciano Perey; la señorita Ligerot, Rogerio Dombie; la señorita Forponnés, Pablo Junka, y la baronesa de la Tombelle,

Réjane, Reju; Bartet, Regnault; Elven, Cantón. Entre los cómicos puede citarse a Porel, que se llama realmente Parfouru; Lerand, Durand; Noblet, Grenoble; Germain, Poinet; en cambio, sólo se encuentra a las señoritas Calvé y Maguera que hayan preferido estos nombres a los de Emilia de Roquer y Magda de Clapier, que les corresponden por su nacimiento.

Algunos artistas cambian sus nombres por desear tener uno más armonioso ó llamativo que «haga mejor» en los carteles; tal sucede a las señoritas Chambón, Tricaud, Riever y Arnoux, que se han convertido en Rosa Syma, Thylda, Lavallière y Brandés; lo incomprensible es que la señorita Mazarin, que es natural no quisiera ver tan ilustre apellido en los anuncios, haya elegido el nombre de señorita Charles para sustituirle.

La elección de pseudónimo entre los escritores es una mera formalidad sin pretensiones, ó simple asunto de gusto por la sonoridad ó la eufonía: Ratoín se convierte en Juan Cascuña; Durand Morimbeau, en Enrique des Houx; Simón, en Eduardo Lockroy; Causse, en Pedro Mael; Jogaud, en Marco Mario; Poignand, en Montjoyeux; Lebesgue, en Montorgueil; Urbano Roucoux, en Pablo Burani; Ormelingen, en Jorge Vanor; Boex, en Rosny; Tornachon, en Nadar; Coste, en Talmeyr; Bouckey, en Couyba, etc. Otros han tomado nombres

literarios, como el sabio Carlos Richet, que es al mismo tiempo Carlos Epheyre; el doctor Cazalis, que es también el poeta Juan Lahor; el doctor Encausse, que se firma Papus, y Pascual Grousset, que se llama Felipe Daryl, ó Andrés Laurie. Esto es sin contar los pseudónimos profesionales, como El Pasante, Un Papanatas, El Bombero de servicio, El Ugier del Prefecto, Pasos Perdidos, etcétera; ni los propios de la vida parisién, como el de Parisis, de Emilio Blavet; Hermeline, de

Hermant; Graindorge, de Capus; Lysis, de Donnay; Manchecourt, de Lavedan; Eliacim, de Pablo Hervieu, etc.

••

El arte y el vulgo.—Hé aquí dos nombres que parecen contradictorios, pues el uno representa la aristocracia del pensamiento y el otro la vulgaridad del

negando que este pueda tener por objetivo la mejora social, siguiendo paso a paso las reformas que apuntan en el ambiente. Puede ser; pero el arte refleja como en un espejo las corrientes religiosas, políticas y científicas que atraviesan la psiquis humana colectiva. Esta investigación de las relaciones entre el arte y el vulgo, ¿qué es sino la forma artísti-

ca en que se manifiesta la gran discrepancia entre el individualismo y el socialismo, que turba la conciencia contemporánea? En esa desdeñosa soberbia del artista creador que niega a la multitud el derecho de consagrarlo a la fama ó al olvido, ¿no se ve resurgir el duelo eterno entre el individuo y la sociedad, y el gran problema de si el progreso es mérito exclusivo de algunos individuos geniales que se llevan a la multitud como el pastor a su rebaño, ó la obra maravillosa é inconsciente de todos, especie de inmensa pirámide a la que cada cual ha llevado su piedra?

En arte, el partido que desprecia al vulgo es más numeroso, al revés que en política, que el que exalta a la multitud. Desde el antiguo orador griego que se interrumpía cuando le aplaudía la multitud para preguntar irónicamente: «¿me aplauden? ¿he dicho alguna tontería?» hasta el genio moderno de Arrigo Boito, que en el memorable estreno de su *Mefistófeles*, impasible en su asiento de director de orquesta,

respondía a los siseos del público, diciendo sonriente a los vecinos: «¡qué honor me hacen!», el supremo desprecio del individuo artista hacia el vulgo beocio, es uno de los fenómenos más comunes.

Se ha dicho repetidamente que la multitud es moral é intelectualmente inferior al individuo, lo cual es cierto en general, aunque haya excepciones no raras, morales sobre todo. La multitud es indudablemente un terreno en el que se desarrolla fácilmente el microbio del mal, no ha-



Leonie Yalme: Artista del Teatro "L'Athénée-Comique," de París

número. ¿Puede la multitud entender y ser juez de arte? ¿Es su plebiscito una sentencia—se pregunta Scipión Sighele en la *Rivista politica e letteraria* de Roma—contra la cual no se admite apelación? ¿O es que, como muchos pretenden, el arte que agrada al vulgo no es arte, ó es solamente una forma inferior de arte? Tal es el problema de psicología colectiva que importa resolver.

Se rien algunos del papel moralizador que Guyau y Tolstoi atribuyen al arte,

lando condiciones favorables de vida el microbio del bien. La obra de la multitud ha sido en la historia obra de odio y de destrucción mucho más que de creación y de amor, porque la multitud, organismo inconsciente é impulsivo, obra fatalmente más con los instintos del salvaje y del bruto que con los del hombre civil; no puede negarse, sin embargo, que á veces la multitud llega á cimas psicológicas no alcanzadas por el hombre aislado, ó manifiesta una generosidad sublime que es incapaz de desplegar ningún individuo, como cuando la nobleza francesa renunció en la noche del 4 de agosto á sus privilegios, ó cuando la multitud llevó en triunfo á Sombreuil, arrancándolo del patíbulo ante el espectáculo del amor filial de su hija.

Ahora bien: ¿puede decirse que la multitud tiene, en lo intelectual, este carácter extremo y contradictorio, y que conoce alturas y profundidades ignoradas por el individuo aislado? Doce hombres de buen sentido, reunidos en jurado, pronuncian á veces veredictos que no tienen sentido común; veinte artistas ó sabios forman una comisión, de la que salen frecuentemente decisiones contrarias á los más elementales principios de la ciencia y del arte; cientos de hombres de talento constituyen un Parlamento que se conduce colectivamente de tal modo que excita á risa y al desprecio. La colectividad, en suma puede á veces ser general en materia de sentimiento; no lo es nunca intelectualmente; hay heroísmos colectivos, pero no obras maestras colectivas. ¿Quién podría citar un Consejo de guerra de donde haya salido un plan de batalla comparable á los de Napoleón? ¿Quién podría citar un Consejo de Ministros de donde haya salido una de esas reformas que hacen época y que constituyen el timbre de gloria de un Maquiavelo, un Richelieu ó un Bismarck? ¿Quién podría citar un Congreso de sabios de donde haya salido uno de esos descubrimientos que son la gloria de un Laplace ó de un Darwin? El fuego sagrado del pensamiento no es fruto del alma colectiva, es dón exclusivo del cerebro individual.

Importa, no obstante, hacer una distinción capital: una cosa es la psicología de la multitud cuando obra de improviso en un momento dado, y otra cuando obra lentamente en el curso de los siglos; en el primer caso, sus manifestaciones son siempre interiores á las del individuo; en el segundo, no sólo no son interiores, sino que á veces son superiores. Los cuadros, las estatuas, los poemas, ciertos descubrimientos, pueden y deben individualizarse en un nombre, Rafael ó Van-Dick, Dante, y Cervantes, Fidias ó Miguel Angel, Colón ó Newton; pero ciertas creaciones complejas como la lengua, por ejemplo, no son ni pueden ser obras individuales, sino de la multitud, como las leyendas ó como los poemas homéricos de Grecia. ¿Qué son los proverbios sino la experiencia inconscientemente acumulada y sintéticamente expresada de la multitud? El genio en este sentido no es más que el revelador de verdades que dormitan en la conciencia de todos; los políticos, artistas y sabios que creen dirigir á un pueblo é imponerles sus gustos é ideas, no hacen, en realidad, más que seguir el impulso que que el pueblo mismo les comunica.

Y no sólo se debe reconocer que toda colectividad crea su genio, como todo sentimiento crea su expresión y como toda idea confusa y difusa se resume en un símbolo; sino que hay que reconocer que la colectividad corrige, desenvuelve y eleva las conquistas del pensamiento y del sentimiento, hechas por el genio individual. El genio es el presente, es decir, el hijo del pasado, pero también el padre del porvenir; en el genio hay siempre, en realidad, un poco de exageración, un lado paradójico, y la colectividad se encarga de atenuar estas exageraciones. En la ciencia—dice Ferri—la escuela de los discípulos vale siempre más y es mejor que el maestro iniciador. De aquí que la multitud, inferior al individuo en el momento estático en que éstos enuncian sus ideas ó ponen en acción sus energías, le es útil y necesaria, no sólo en el pasado para formarlo, sino también en el porvenir para corregir y mejorar sus ideas y sus acciones.

La disidencia entre el arte y la multitud no es, pues, una cuestión entre el artista y el público, un duelo entre uno y muchos, sino únicamente una cuestión de tiempo; el artista puede rebelarse contra el juicio de la multitud contemporánea, pero no contra el de la posteridad; en el campo de la ciencia y del arte rige el sistema de los plebiscitos, que que excluyen toda sospecha de corrupción ó de sugestión. El público no comprende frecuentemente la obra de arte que está llamado á juzgar; Rossini fracasó en el estreno del *Barbero de Sevilla*, y Wagner en casi todas sus obras. Pero esas equivocaciones ocurren en todo, y no son privativas de la multitud. Napoleón se sonreía cuando le presentaron y describieron el modelo del primer vapor; Thiers afirmó en pleno Parlamento que la tracción por vapor y los ferrocarriles eran una utopía, y Aristóteles no admitía que los hombres naciesen iguales, creyendo que siempre existiría la división entre libres y esclavos. ¿Por qué, so pena de ser tachada de ignorante, ha de tener la multitud ante una ópera de Wagner una celeridad de intuición que no tuvieron Napoleón ni Thiers ante el descubrimiento de Wat?

Toda idea, antes de triunfar, suele pasar por un periodo de lucha y de adversidad. No se debe pretender de la multitud que tenga gran celeridad de intuición ante una obra de arte, ni se debe por semejante motivo despreciarla; lejos de esto, debe haber entre el genio y la multitud un sentimiento de amor y de solidaridad. Los artistas, esos millonarios del ingenio, no deben imitar á ciertos millonarios del dinero que guardan todas sus riquezas para sí, despreciando á quienes no las tienen; deben reconocer, por el contrario, que su riqueza, el genio, es como el oro del capitalista, fruto del trabajo inconsciente de miles y miles de hombres, y no mérito exclusivo personal; deben sentir, además, que su obligación es lanzar esa riqueza al campo del alma colectiva para que sea fecunda, como el deber del rico es poner su oro en circulación para aumentar la prosperidad de su país. ¿Qué importa que al pronto no sea comprendido, ni recoja más que ingratitud? El reconocimiento, raro en el individuo, es siempre seguro, aunque lento, en la multitud.

FERNANDO ARAUJO.

GIENGIA AMENA

UN COLECCIONADOR DE PIEDRAS PRECIOSAS

En una aldehuela del departamento del Indre, vive un hombre que posee, sin ápice de duda, una colección única en su especie: una colección de piedras sonoras.—No tienen estas piedras nada de común con las que los geólogos designan con el nombre de fonolitas, y de las cuales conocemos algunos ejemplares famosos, por cierto, en Auvernia, no lejos de Mont-Dore.— Los sílex reunidos por M. Honoré Baudre, tienen otras cualidades: cantan en coro.

Un día, paseábase por el campo Mr. Baudre, y por una de esas casualidades que son la base de todos los descubrimientos, encontró que un sílex que había recogido del suelo, emitía—cuando se le levantaba suavemente,—un bellísimo sonido.

Ocurriósele entonces formar una colección de estas piedras vibrantes, y dióse á buscar los sílex necesarios para formar dos gamas cromáticas perfectas. Mas, del dicho al hecho hay mucho trecho; y muy pronto hubo de notar M. Baudre, que las piedras que cantan, y sobre todo que cantan en un tono justo, son rarísimas.

Excitado cada vez más por las dificultades que le presentaba el nuevo hallazgo, se apasionó de él con todo entusiasmo; y desde ese momento, la realización del instrumento de música que él llamó el piano geológico, fue la principal atención de su existencia.

Por treinta años y más de su vida, recorrió todos los lugares en que podía encontrarse—entre los sílex brutos, de la creta,—el sílex perfectamente sonoro. Por treinta años y más de su vida, ensayó día por día y una por una, millares y millares de piedrezuelas, y queda al juicio del lector suponer lo difícil y laborioso de semejante operación. Era menester en cada ocasión suspender los sílex por medio de guitás, golpearlos, escuchar y apreciar la calidad del sonido: era preciso tener un oído de músico ejercitado, y acompañarlo con una perseverancia angélica, ó mejor dicho, con una sublime temeridad. La paciencia de Penélope es indigna de la historia, al lado de la incansable conciencia de M. Baudre.

Para realizar su orquesta, una vez que el coleccionador hubo registrado todas las minas vecinas, llevó sus rebuscas y escudriñamientos, más lejos y más lejos siempre. Recorrió así, leguas y más leguas, tratando de hacer cantar las piedras; y cuando una ó dos veces por año, encontraba el sílex ideal, esto es, el que sonaba en tono perfecto y vibraba generosamente, creíase feliz é indemnizado con creces, de las sufridas penas pasadas. Al instante, envolvía la piedra en seda ocal, y guardaba su tesoro como celoso enamorado.

La casualidad, llena siempre de malicia, jugó muchas malas partidas al señor Baudre. Podría creerse que Satán mismo se reía de los yerros del constante coleccionador. Por muchos años, cuando todas las demás notas estaban completas, y aún, había de varias de ellas ejemplares dobles, fue imposible poner la mano sobre el primer *do* de la gama. Fue este *do*, la obsesión de M. Baudre; el objeto de los pensamientos de día, de los ensueños de noche; la única, es cierto, pero cuán dolorosa piedra de infinito calvario. Por esta nota que huía de él, habría dado el coleccionador la mitad de su fortuna. Hubo momentos en que casi se convenció M. Baudre que este *do* no existía en la naturaleza, ó por lo menos, en Francia; y en busca de este ansiado *do*, tomó pasaje y se embarcó para el Canadá. Mas, no guardaban las tierras del Nuevo Mundo el sonido inicial de la octava. Cansado, extenuado, resignado,

volvió M. Baudre de su larga excursión, persuadido que moriría sin oír cantar á una piedra la famosa nota, cuando una mañana, paseándose por el Berry, encontró un sílex maravilloso que vibraba el *do* de un modo perfecto. Aquel día tuvo M. Baudre un instante de dicha más que humana; dicha tal, que sólo podríamos compararla con la absoluta beatitud que esperan las almas puras en el paraíso celestial.

Sea insuficiencia, mala suerte ó algo que no podemos determinar, pero que sí parece una verdadera voluntad del destino, el último *do* de la segunda octava no se encontró ni se ha encontrado aún. Bien es cierto que no es nota indispensable, y que, al faltar, no impide poderse ejecutar aires variados y extensos.

Hoy, ya de mucha edad, y habiendo perdido un hijo amado, M. Honoré-Baudre endulza sus ocios de anciano desengañado, (para quien la vida se ha hecho triste), haciendo cantar sus piedras. Toca con arte su curioso piano, y escuchando vibrar los sílex, acompaña sus pesares y sus sueños.....

Los sílex cantantes, en interesante originalidad, toman formas extrañas y sugestivas. Son todos alargados; pero la naturaleza los dotó con diversas protuberancias más ó menos fantásticas y caprichosas, y dióles colores que varían desde el blanco gris hasta el negro de más efecto. Algunos recuerdan, en un dibujo relativamente exacto, figuras de animales. Así, por ejemplo, á un *sol sostenido* lo constituye una merluza petrificada. De seguro que el desgraciado pez halló á Medusa en épocas antediluvianas.

El *mi* de la primera octava es un sílex soberbio, prehistórico. Una hacha, de la edad de piedra, que ocuparía un bello puésto en el Museo de San Germán. Pensemos un momento en la extraña aventura de este sílex, que fue ahora siglos un utensilio de leñador, quizá un arma de guerra entre las manos de nuestros antepasados, primitivos y peludos, convertido hoy, gracias á M. Baudre y al destino, en una nota de música que vibra, á voluntad, en las grandes arias de ópera, en cancióncitas, acaso, en la *Marsellesa*. *Quantum mutatus ab illo!*

Este *mi* prehistórico nos conduce á una hipótesis, que, si bien carece de gran significación, vale, por lo menos, tanto como otras muchas, propuestas con motivo de los problemas perdidos en la noche de los tiempos, problemas irresolubles, como que les faltan los primeros elementos de discusión. Los hombres de la edad de piedra que tajaban hábilmente el sílex y trabajaban esta materia de mil maneras, han debido darse cuenta, evidentemente, de las cualidades armoniosas de algunas de estas piedras. Y puede muy bien suponerse que uno de los primeros instrumentos de música haya sido un teclado del género del de M. Baudre, porque de no ser así, tendríamos algo nuevo debajo del sol; hace mucho tiempo que dijo un sabio que nada había.

La calidad del sonido varía mucho según las notas del piano geológico: fáltales á algunas amplitud en las vibraciones y cantan con voz mate. Otras, por el contrario, resueñan con timbre maravilloso, fuerte y cristalino á la vez; muy análogo al de una campana de plata.

El *do sostenido*, formado de una piedra



M. Honoré Baudre y su piano geológico

chata, no tiene resonancia, ó mejor, no tiene *soplo* armónico; pero en cambio, el *re* y el *fa sostenido* encantan con sonidos melodiosos.

El piano geológico está montado en un bastidor de hierro, sobre el cual van suspendidos los sílex, horizontalmente, en gaitas ó hilos dobles; y para producir el sonido, es preciso golpear las piedritas con un instrumento duro, obteniéndose un magnífico resultado, hiriéndolas con un sílex pequeño. La fuerza de las vibraciones no es una misma ni igual en toda la superficie de las piedras. Así, pues, si queremos ejecutar como verdaderos *virtuosi*, tenemos que conocer muy bien el lugar sensible de cada tecla.

El piano geológico de M. Baudre, ha llamado la atención y estudio de los sabios. Hace más de veinticinco años que M. Berthaud, profesor de la Facultad de ciencias, de Lyon, examinando este singular instrumento, escribía: «Los físicos tendrán mucho que hacer para explicarse con facilidad, estos sílex cantantes que vibran á despecho de las leyes de la acústica.» Hay, además, una carta escrita por el célebre geólogo Charles Sainte-Claire Deville, que prueba,—además de la bella alma de poeta de este sabio,—todo el interés de la colección de las piedras armoniosas.

Héla aquí:

«Mi querido señor Baudre:

Me preguntáis cuales fueron mis impresiones en el pequeño concierto que vuestros armoniosos sílex me ofrecieron anoche en vuestra casa, y me apresuro á deciros que he sido sorprendido y encantado.

Sólo que he tenido un remordimiento al pensar en el número incalculable de piedrecitas que he partido, de sílex que he triturado buscando las huellas de una numulita, de un esquino ó de un polípero.

Y al pensar en todas las hecatombes de este género que diariamente consuman mis

hermanos en geología, ¡cuántos motivos de pena no sentiremos, al considerar que hemos destruido algún ejemplar que figuraría hoy honrosamente entre vuestras teclas sonoras!

Se ha buscado, y, siempre en vano, la mandrágora dicotiledónea, que canta; pero vos habéis hecho más, y lo habéis hecho mejor: habéis encontrado la piedra que canta, ó más claro: habéis descubierto el alma cantante de la piedra.

¡Cuántas de estas almas, Dios Santo! hemos sacrificado nosotros! Vos, al contrario, menos bárbaro, en vez de inocularlas á una vana curiosidad científica, os acercáis á ellas como amigo, las interrogáis emocionado, y cuando una entre cien mil mostraba su vocación musical, le ofrecíais un asilo fraternal, le abríais las puertas de vuestro conservatorio y la convertíais en una *dilettanti*.

¡Qué gran superioridad tenéis sobre nosotros! Y superioridad tanto más envidiable, cuanto que nos vemos obligados á reconocer, que vuestro teclado de piedras presenta una verdadera paradoja, de la que me parece, los físicos y geólogos no poseen enteramente, ó por completo, la clave ó el secreto.

Recibid, señor, las seguridades de mi consideración muy distinguida.

CH. SAINTE-CLAIRE DEVILLE.

No sólo ha despertado el piano de Mr. Baudre el interés de los sabios, sino que también ha inspirado las Musas.

En su viaje al Canadá para encontrar el *do*, —tan raro como la piedra filosofal,—el acucioso é incansable coleccionador, halló en Montreal al gran escritor canadense Luis Frechette, y ante él ejecutó algunas piezas de su lindo repertorio. Encantado el poeta, enriqueció su lira con el siguiente soneto:

¡Quelle musique vierge, étrange, fantastique!
L'Ame surprise éprouve on ne sait quels frissons,
Quand on prête l'oreille aux sublimes chansons,
Que rend le timbre d'or de ce clavier rustique.

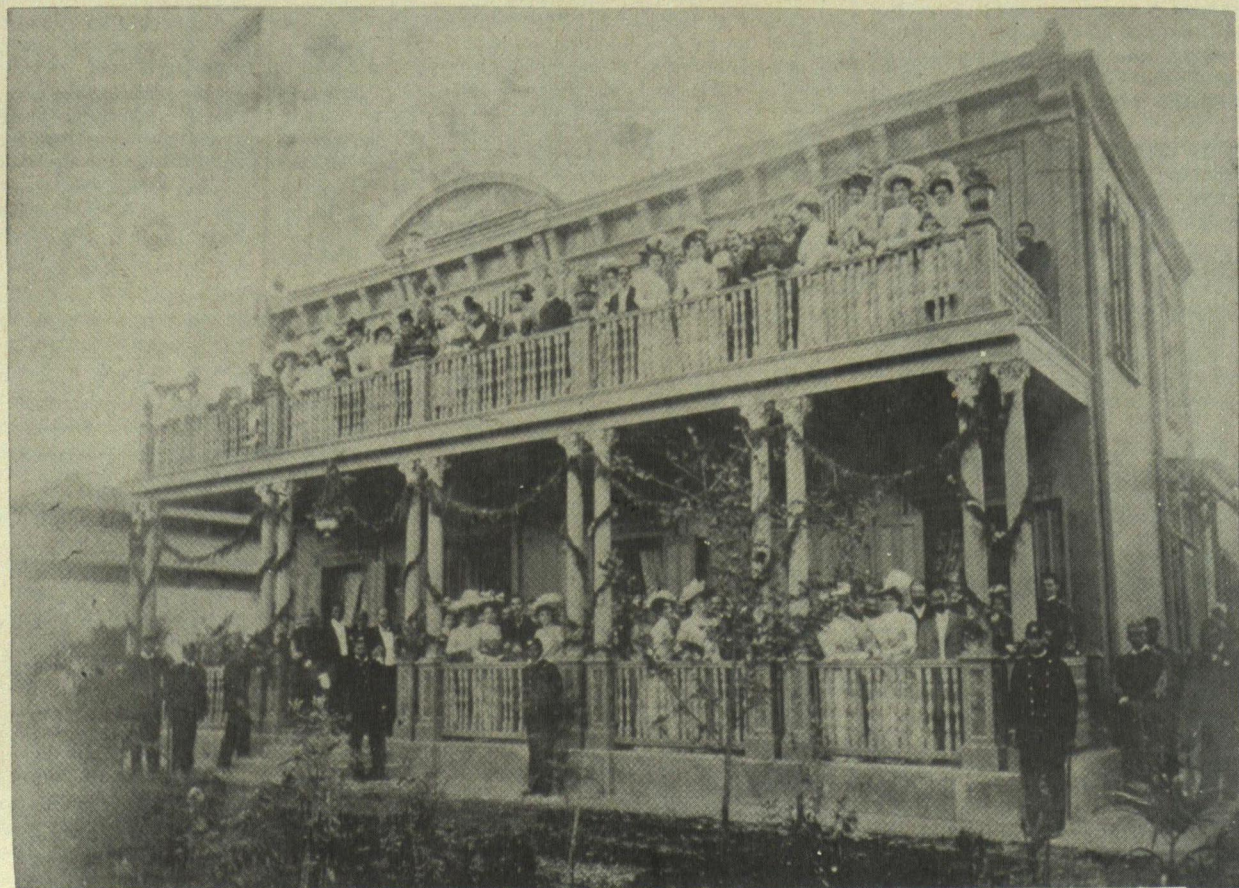
De la nature seule écoutant les leçons,
O maître! et défiant les lois de l'acoustique
Des entrailles du roc, comme un chercheur antique,
Vous savor su tirer d'incomparables sons.

Votre œuvre est là, marquée au cachet du génie;
En elle le penseur aperçoit reunie
La volonté d' Hercule au savoir d' Abeillard.

Car, si l'art du sílex fit jaillir l'éclincelle,
Sondant d'autres secrets que son flanc dur recèle,
Vous en fites jaillir les merveilles de l'art.

Así, por la paciencia ingeniosa de M. Honoré Baudre, se ha realizado uno de los deseos de Mozart, que soñaba con una orquesta de piedras para la *Flauta encantada*; y lo que es más todavía: se ha realizado la profecía del Evangelio: *las piedras clamarán..... Lapidés clamabunt.....*

LUIS FOREST.



Recuerdo de la matinée con que obsequió á sus amigos el Excelentísimo señor Dr. Fernando E. Guachalla, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia, en Caracas
(Quinta del señor Carlos Zuloaga — 17 de septiembre de 1901)



Quinta del señor Carlos Zuloaga — en el Paraíso, Caracas. — Fotografía del señor Burgos

SUETOS EDITORIALES

LEGACION DE BOLIVIA

Constituirán gratos recuerdos en los anales de la cultura caraqueña, los actos sociales con que se despidió y fue despedido por nuestra sociedad el Excelentísimo señor Fernando E. Guachalla, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Bolivia en Venezuela, quien en compañía de su Secretario, el distinguido caballero señor doctor Néstor F. Velazco, partió el 4 de los corrientes para los Estados Unidos del Norte y luego á Méjico á efecto de cumplir la misión que le ha confiado el Gobierno de su Patria.

La despedida tenía que ser expresiva, como en efecto lo fue, pues los diplomáticos bolivianos conquistaron entre nosotros generales simpatías y con notable distinción supieron corresponder á la excelente acogida que obtuvieron desde su arribo á nuestras playas.

En la tarde del domingo primero de los corrientes el señor Guachalla obsequió á sus amigos con una magnífica fiesta en la «villa» del señor Carlos Zuloaga, Cónsul General de Bolivia; y en esa galante cita, donde adquirieron altos relieves las demostraciones de recíproco aprecio, fue grato al señor Ministro departir cordialmente con el Primer Magistrado de la Nación y con su honorable señora esposa.

Quien escribe estas líneas se complace también en notar que en la noche del lunes abrió sus salones la Legación de Bolivia para obsequiar con una «soirée» al señor Director de EL COJO ILUSTRADO y á su respetable familia, distinción especial que ha robustecido la buena amistad que preside las relaciones existentes entre el señor Guachalla y el señor Herrera Irigoyen.

En la tarde del día siguiente los esposos Zuloaga despidieron con una «matinée» infantil al niño Carlos Guachalla; y en la noche de ese mismo día el señor Herrera Irigoyen y su familia dieron una comida en obsequio del señor Ministro y de su Secretario. Con este acto, que realizó un grupo de damas distinguidas, quedó sellado el homenaje social que precedió la partida de los honorables representantes diplomáticos de la República hermana.

Candidato el señor Guachalla á la Suprema Magistratura de Bolivia, para el próximo período constitucional, celebráramos efusivamente su triunfo, pues á fe que merece esa alta honra tan culto é ilustrado caballero.

Tanto al señor Guachalla como al señor Velazco, renovamos en esta oportunidad las seguridades de nuestra distinguida consideración.

PAULINA DE GARRIDO

Ya la ausencia pertenecía al dominio de los recuerdos; había anclado la nave en el suspirado puerto y el amante esposo di-

rigiase á estrechar entre sus brazos á la excelente compañera de su vida. ¡Fue in-noble el destino, cruelmente despiadado! En esos instantes de suprema alegría para aquellas dos almas, la satisfacción ahogó á la recién llegada y el fiel compañero solo pudo recoger el último suspiro de la que supo ser madre de sus hijos, centro de afectos en el hogar y noble ejemplo de virtud en la sociedad.

Tremendo ha sido el golpe para el estimable señor General Joaquín Garrido. Crea él que sentimos su desgracia y que lo acompañamos en su duelo.

POLICROMAS

Con este título y en un opúsculo de cuarenta páginas, cuidadosamente impreso ha reunido sus primeros versos el inteligente joven C. Castillo Malpica, devoto de la musa que inspira cantos de amor á la adolescencia y cultiva la flor del madrigal en el jardín de la poesía para los senos turgentes y las cabelleras luminosas.

Una de las composiciones del opúsculo está dedicada al Director de EL COJO ILUSTRADO. Tan fina galantería sabremos siempre estimar al joven autor de «Policromas,» como estimamos al propio tiempo el atento envío de su obra.

Nos es grato felicitarle cariñosamente.

UN ANGEL

El señor Emilio Castillo Rivas ha sido herido en lo más íntimo de su corazón de padre. La muerte penetró en su honora-

ble hogar y de allí le arrebató á EMILIO HENRIQUE, el amado pequeñuelo que embellecía con su existencia el santuario de la familia.

Interceda el ángel ido por la ventura de sus padres, y reciban los demás deudos la expresión de nuestra sentida condolencia.

BIENVENIDA

De nuevo encuéntrase en la capital nuestro amigo el notable literato doctor J. M. Núñez de Cáceres, á quien nos es grato presentar nuestros saludos de bienvenida.

Durante su última estada en París, el doctor Núñez de Cáceres llevó á cabo la edición de dos de sus obras dítácticas, las cuales figuran ya en nuestras librerías. Son sendos métodos prácticos para aprender las lenguas francesa é inglesa. También tenemos aquí el "Curso Sintético de Latin Clásico."

Como se vé, ha sido beneficiosa para la instrucción patria el viaje del apreciable amigo.

LUISA AMELIA

Luchó la ciencia y luchó el afecto. Y, fatalmente, todos los auxilios, todos los cuidados, fueron inútiles. Llegó al fin la muerte, como una libertadora: apagó con su beso helado aquella naciente vida torturada por los sufrimientos; y el alma de la inolvidable niña ascendió en un rayo de luz á la región de su origen.

Ofrenda de flores depositamos sobre la tumba de LUISA AMELIA y llevamos nuestra palabra de consuelo á sus excelentes padres, los señores Eduardo Amestoy y Waldemar Gelhard.

Un respetable amigo nuestro nos remite la siguiente composición escrita con motivo del primer aniversario de la Sociedad Hijas de María, cumplido el 15 de agosto último.

LAS VIRGENCITAS

Zafáronse las redes
que el orco les tendía;
rompieron ya las cárceles
del mundo engañador;
y, en busca de mercedes,
las "Hijas de María"
se humillan so las bóvedas
del templo del Señor.

Hélas allí: alba veste
las ciñe; las corona
el nimbo de las vírgenes
magnífico de luz:
adoran la celeste
bellísima Patrona,
de cuyo seno alzáronse
las glorias de la Cruz.

De místicos amores
hinchidas ante el ara,
sumidas en el éxtasis
de un sueño espiritual,
parecen como flores
de mármol de Carrara,
que brillan en un búcaro
de jaspé y de cristal.

Allí, los lazos rotos
que al barro nos apegan,
exhiben, cual los ángeles,
su gracia y juventud;
y juran dulces votos,

y á aquella Madre ruegan
que les conserve el límpido
cendal de la virtud.

¡Qué júbilos entonces
envuelven para ellas
los ritos de litúrgica,
sublime majestad,
que, al retintín de bronces
y al brillo de centellas,
consagran los pontífices
al Dios de la verdad!

La Reina de los cielos,
benigna, les alcanza
Las luces del Altísimo
y ardores para el bien;
y en lluvia de consuelos,
les brinda la esperanza,
que se abre en los espíritus
cual rosa en el edén.

Así después, bizarras
al irse con sus blondas
prestadas á la túnica
de honor del querubín,
depuestas ya las arras
y las angustias hondas,
se llevan eucarísticos
recuerdos del festín...

Inúndalas de paces,
oh! Virgen sacra y pia,
pues ellas tus canéforas,
las siervas tuyas son:
y van, como loraceas,
cual "Hijas de María,"
en pos de tí, pidiéndote
la dulce bendición!

B. OSORIO C.

Caracas: 22 de agosto de 1901.

CONSUL DE CHILE

Hemos recibido la siguiente nota:

"HENRIQUE STOLK

saluda atentamente al señor J. M. Herrera Irigoyen, Director de EL COJO ILUSTRADO con motivo de participarle que habiendo sido nombrado Cónsul de Chile en Caracas, el Ciudadano Presidente de la República ha tenido á bien expedirle el *exequatur* de estilo, y ha entrado á ejercer en propiedad sus atribuciones consulares.

Le es grato aprovechar esta ocasión para ofrecer á usted su consideración distinguida.

Caracas: 20 de agosto de 1901."

MARGARITA GARCIA DE MONASTERIO

Víctima de cruel dolencia, ha muerto esta respetable madre de familia; damos nuestro sentido pésame á sus hijos.

PÉSAME

Numeroso cortejo solemnízó en la tarde del siete de los corrientes el acto del sepelio de la honorable matrona Josefa María Sucre de Peoli, cuya eterna ausencia ha producido dolorosa impresión en el seno de la sociedad caraqueña.

Era hija del respetable caballero Don Luis Sucre, antiguo comerciante de Caracas, y descendiente del Gran Mariscal de Ayacucho. Personificaba otro bello recuerdo: el de haber sido la esposa de uno de nuestros más notables hombres de letras: el finado doctor Alejandro Peoli, costumbrista á la manera de Larra, crítico á la manera de Villergas, y castizo y puro en su prosa como los escritores del siglo de oro.

Si por tales circunstancias fue respetada generalmente, por sus virtudes de madre de familia digna fue siempre de las altas consideraciones de que vivió rodeada.

Presentamos nuestro sentido pésame á sus deudos y, particularmente, á su hijo el señor Jorge Peoli Sucre.

CARLOS PAÚL

Impresa ya la anterior edición de esta Revista, nos sorprendió el 28 del pasado la infausta nueva de haber fallecido en ese mismo día nuestro amigo el señor Carlos Paúl, caballeroso compatriota y distinguido hombre de trabajo, á quien la sociedad de Caracas rindió siempre homenaje de alta estima, no sólo por tales títulos, sino muy particularmente, porque figuró en el seno de ella como elemento de reconocida probidad y como padre de familia ejemplar.

¡Qué consuelos ofrecer á la esposa, toda virtud, y á los huérfanos, inocentes criaturas, á quienes la desgracia convierte en noche de dolor el alba de la vida?

Sea Dios misericordioso con la buena madre y los amados hijos; descansen en paz el excelente padre; y acepten sus deudos todos la manifestación de pesar con que nos asociamos al duelo que lacera sus corazones.

AL SEÑOR GENERAL B. TINEDO VELAZCO

enviamos nuestro sentido pésame por la muerte de su hija Carmen Teresa.

ANTONIO LUGO

Presentamos la expresión de nuestro pésame, á los deudos de este joven que ha muerto recientemente.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Tarifa Telegráfica, conforme á la Resolución Ejecutiva fecha 16 de julio de 1901.

La Revista Médica, (Nº x)—Publicación mensual de Medicina, Cirujía y Farmacia—Director: Dr. Manuel Núñez Tovar. Maturín, Venezuela.

Constitución del Estado Zulía, sancionada por la Asamblea Constituyente en 1901.

Constitución del Estado Cojedes.

Dharmah, Revista mensual de Estudios Teosóficos, (Filosófico-Científico-Religioso).—Número 8.

Damos las gracias á los señores remitentes.

CONDOLENCIA

En la mañana del día ocho de los corrientes fueron conducidos á la última morada los despojos mortales de la señora FELICITAS C. DE YANES, respetable madre de familia que, afecta á las costumbres sencillas del hogar, dilató en esa esfera su serena existencia.

Presentamos nuestro más sentido pésame á su familia; y particularmente á su apreciable hijo, el señor Cosme D. Yanes, antiguo empleado de nuestras oficinas.

TULIO PEREZ GARCIA

Lo sorprendió la muerte en plena juventud, en días de ventura para su hogar, cuando sus esfuerzos eran más nobles, porque los orientaba paternal

interés. Y duerme ya en el seno de la madre naturaleza, mientras la joven esposa, atribulada por lo inesperado y por el dolor, no sabe cómo hablarle al pequeñuelo de la ausencia de su padre.

Descance en paz el alma del apreciable compatriota; y calme el cielo la pena de sus deudos, á quienes acompañamos en su noche de dolor.

A "MADEIRA ILLUSTRADA"

El señor F. Alvarez Benítez, cónsul de Portugal, ha tenido la cortesía de enviarnos, con atenta dedicatoria, un ejemplar del número único con el título que encabeza estas líneas, conmemorativo de la visita de S. M. el rey don Carlos I y de su augusta esposa la reina doña María Amelia, de Portugal; publicado por iniciativa del señor Augusto Forjaz Pereira de Sam-paio con la colaboración artística del conde de Torre Bella y don Joaquín Augusto de Souza. Damos las gracias al señor Alvarez Benítez.

NUESTROS GRABADOS

COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOURDES



María Amparo Burgos
Discípula del Colegio de N. S. de Lourdes, de Valencia

Se nos pide que publiquemos copia de la fotografía de la señorita María Amparo Burgos, tomada como recuerdo de su primera comunión, porque ella significa un título más á la estimación pública adquirido por el acreditado instituto que dirigen en Valencia las Hermanas de la Caridad.

La señorita Burgos, de la sociedad sanfelipeña, es alumna de ese instituto y allí se ha distinguido por su aplicación y noble tendencia á corresponder al interés con que las Hermanas de la Caridad tienden á nutrir la inteligencia y á elevar los corazones de las niñas confiadas á su cuidado.

Obra meritoria es esa; y sus resultados la harán más encomiable, pues en el porvenir determinarán el acre-

centamiento de la cultura social, y con ella la amplitud de horizontes en la actividad de la vida y en el seno íntimo de la familia.

Amado Nervo

Anotaciones editoriales determinan la personalidad literaria del exquisito poeta mexicano.

Falcón

Caracas y Coro poseen desde hace algún tiempo sendas estatuas del caudillo de la federación, á quien el Congreso Constituyente del año de 1863 dio el título de «Gran Ciudadano Mariscal.» Cuenta un monumento más el «Presidente Magnánimo.» Levántase en Ciudad Bolívar en la plaza Heres, frente á la Aduana, y tiene la siguiente leyenda: «Mariscal Juan Crisóstomo Falcón.—Obsequio del Jefe Supremo de la República, General Cipriano Castro, al pueblo guayanés.»

La elevación del monumento es de 5.39; y compónese de tres gradas de cemento y de un pedestal de mármol sobre el cual descansa el busto de bronce que mide un metro veinte centímetros de altura.

Esta obra, ejecutada por la casa de Roversi de Caracas, fue inaugurada solemnemente en julio próximo pasado.

A la luz de la luna

Es una graciosa escena sorprendida por el artista, mientras descansa el Director del Seminario. Los acólitos se han desprendido de toda obligación para darle una serenata al loro. Y el loro escucha la flauta como escuchará más tarde la «serenata» con que en breve serán obsequiados los célebres murguistas.

Los esponsales

En plena aldea alemana. El otoño ha desmenuado los árboles y en el comedor de la alquería celébrase la sencilla ceremonia de los esponsales. Es el momento en que se chocan los vasos: el vino nuevo, el vino de la última vendimia, remoja á los buenos campesinos, y beben confiados en que su vejez será bellamente alargada porque la dicha habrá de sonreír siempre á la joven pareja.

Artistas franceses

Las que figuran en el presente número son Jeanne Granier y Leonie Jalne, la primera del teatro de «Variedades» y la segunda del «Athénée Comique,» ambos de París.

Naufragio

También se desatan negras tormentas en el mar de la vida; y lucha el nauta contra la onda brava hasta hundirse la nave de la esperanza en el abismo insondable de la muerte.

El simbolismo del cuadro de Grethe tiene la poderosa insinuación de sobrecoger los espíritus.

Nápoles

Una calle os dará idea de la actividad de la ciudad y de su carácter arquitectónico; pero difícilmente os iniciaría en el divino encanto de cuanto la hace amable y atractiva.

Una tarde, sentado en un banco, Taine veía cómo avanzaba la tarde y cómo se borraban los colores; parecía, —dice el filósofo,—que se encontraba en los campos Elíseos de los antiguos poetas.

Las elegantes formas de los árboles se dibujaban en el límpido azul. Los plátanos deshojados y las encinas desnudas parecían sonreírse. La deliciosa serenidad del cielo, rayado por el fino tejido de sus ramas, se comunicaba á ellos. No parecían muertos ó entumecidos como los nuestros, sino adorme-

cidos, y bajo el contacto de este aire tibio prontos á entreabrir sus pimpollos ó á confiar sus brotes á la vecina primavera. Aquí y allá se encendía una estrella y comenzaba la luna á verter su blanca luz. Las estatuas, más blancas todavía, parecían vivir en este amable día misterioso y nocturno. Grupos de jóvenes, cuyas faldas ondulaban ligeramente, avanzaban sin ruido, como sombras felices. Parecíame asistir,—agrega Taine,—á la antigua vida griega y que comprendía la finura de sus sensaciones.

Nápoles, en efecto, es una colonia griega. Cuánto más se mira, más se siente que el gusto y el espíritu de un pueblo toman la forma de su paisaje y de su clima.

Londres

El arco de mármol y el monumento á Carlos Alberto, padre del rey Eduardo VII, son de época reciente. No así la Abadía de Westminster, soberbio monumento gótico, edificado por Enrique III y Eduardo I. Ostenta la estatua de Shakspeare y conserva en los sepulcros de Sheridan, Milton, Gray, Thompson, Addison, Garrick, Dryden, los de Chatham, Pitt, Tox, Canning y otras grandes celebridades de la Gran Bretaña.

La Abadía es un Olimpo. Sólo viven allí los inmortales.

Roma

De la Roma antigua y monumental, maravilla de las artes plásticas, hemos venido exponiendo desde la fundación de esta Revista, aquellas facies características que insinúan al espíritu á viajar por el país de la historia, donde á menudo abreva en las fuentes de la filosofía ó detiénese á la sombra del árbol donde eternamente florece el verso que perfuma y canta.

Cuadro de Lecke

Arminio había derrotado á Varo; éste, falto de valor y sangre fría en el supremo momento, no supo hacer otra cosa que atravesarse el pecho con su propia espada; y en tanto Augusto clamaba desde Roma:—«¡Varo! ¡Varo! ¡Vuélveme mis legiones!»

Germanico reparó esta derrota. Combatió gloriosamente contra los Marsos y Bructeros, Usipios y Catos y principalmente contra los Cheruseos, sublevados por Arminio. Recorrió victoriosamente los pantanos y bosques desde el Rhin al Ems, y desde el Ems al Weser; dió á los restos mortales de las legiones de Varo los honores de la sepultura; atacó á los germanos por mar y por tierra, y consiguó sobre Arminio la heroica victoria de Indistaviso.

Tan glorioso recuerdo para la Roma Cesárea es el que reconstruye en el lienzo la evocadora fantasía de Lecke.

Universidad Central

Conmemora la ilustración el término de los exámenes generales correspondientes al curso de Ciencias Políticas que satisfactoriamente acaba de rendir su última jornada.

En ese grupo de futuros abogados aparecen en primer término los señores catedráticos, circunstancia que evidencia la buena armonía que reinó siempre entre maestros y discípulos.

La fotografía de donde hemos copiado el grabado es salida de los talleres artísticos del señor Amato, á quien damos las gracias por su obsequio.

La tristeza de Faraón

Reconstruida por sabios egiptólogos la remota existencia de las ciudades del viejo Nilo, pudo haberse espaciado libremente la fantasía de Lecomte du Nouty en el palacio de los grandes Faraones.

Y fue allí donde sorprendió al monarca, consumido por la tristeza y prematuramente momificado, mientras en torno suyo el deseo se abraza á la vida y canta la juventud la canción de las rosas y del amor.

SECCION RECREATIVA

Los que beben mejor

Le Figaro ha hecho averiguaciones para saber cuál es el que bebe mejor, es decir, más, de todos los pueblos del mundo cuyos representantes más opulentos pasan por los grandes restaurantes a la moda en París.

Se llevan la palma los rusos.

Un día un ruso se bebió él solo un *jeroboam*, es decir, una de esas inmensas botellas que contienen ocho botellas ordinarias de Champagne. No es raro ver a un ruso vaciar cinco botellas entre las doce de la noche y las tres de la mañana.

A los rusos siguen los americanos, luego los belgas, después los ingleses, los alemanes y los chilenos. Los franceses son los últimos, pues los españoles no figuran en esa lista, ignoramos si por falta de afición ó por falta de dinero.

Cada raza revela su psicología después de beber. El alemán conserva siempre su calma, es atento, no se queja nunca ni regatea. El ruso es generoso y de buen carácter. Al americano le gusta la ostentación y ser tiránico; paga, pero quiere que todo el mundo se prostorne ante él. El inglés es desconfiado y escatima la propina. El chileno es muy generoso, buen bebedor y muy alegre, pero algo escandaloso.

En cuanto a las mujeres, dice *Le Figaro* que no saben ya beber. Piden Champagne para tenerlo delante, porque «hace bien.» Pero en vez de acercarse la copa a los labios, beben agua de Vichy.

No serian menores las muertes en la guerra si los soldados usaran sables en lugar de armas de fuego

Seguramente, nó; sino que, al contrario, la lucha en esas condiciones haría que aumentase el número de bajas.

Hay una porción de datos que lo prueban. En demostración de ello, basta recordar las sangrientas batallas que se libraban antiguamente. En el sitio de Acre, los cruzados tuvieron 100.000 bajas; en Bannockburn, la pérdida fue de 38.000 hombres de los 135.000 que entraron en batalla, y en Crecy, 31.000 de los 116.000 combatientes.

En las luchas con armas de fuego predomina la estrategia sobre la fuerza bruta.

Antiguamente los soldados tenían que luchar cuerpo a cuerpo, y á veces no se decidía la victoria hasta que uno de los bandos estaba completamente deshecho.

Origen del uso del incienso en las ceremonias religiosas

No es fácil precisar si el origen del uso religioso del incienso se debe á su olor ó á las propiedades desinfectantes que posee. En las naciones más antiguas, incluyendo Egipto, Asiria, Babilonia, Persia y la India, se usaba en las ceremonias religiosas en los más remotos tiempos. A juzgar por las pinturas de los monumentos egipcios y las decoraciones de los templos que representan devotos ofreciendo incienso en una mano y vino en la otra á la deidad, es de suponer que lo hacían así para que el regalo oliese bien. Esta suposición se confirma más por el hecho de que dos mil quinientos años (A. J.) un noble egipcio, llamado Hanu, fue enviado por el Faraón Sankhra en busca de resinas olorosas á la tierra de Somali para el culto egipcio.

Los parsis y los indios más antiguos usaban incienso para la devoción de sus dioses, y también en los entierros como desinfectante.

Por lo que respecta á la Iglesia cristiana, dice Tertuliano: «Si se produce olor ofensivo quemando yerbas de Arabia». Los primeros cristianos lo usaban también en las catacumbas y en las cavernas donde celebraban sus ce-



Como quedó



Como hubiera podido quedar

Resultado de un accidente, en un ómnibus — París

(Dibujos del mismo Núñez Cáceres)

remonias, como desinfectante, y entonces el incienso adquirió el uso religioso simbolizando á las oraciones que se elevan hasta el cielo.

La obscuridad y la muerte

Uno de los párrafos más interesantes del relato de viaje del *Bélgica* á las regiones árticas, hecho recientemente y del cual nos hemos ocupado varias veces, es aquel en el que el doctor Cook describe los efectos de la larga noche polar en los seres humanos.

He aquí sus palabras:

«El sol se puso el día 16 de mayo y permaneció oculto durante 1.700 horas. La fría blancura de cuanto nos rodeaba se convirtió entonces en fría tenebrosidad. No conozco nada que desaliente más, que destruya con más intensidad toda ambición humana que la no interrumpida y densa obscuridad de la larga noche antártica.

A medida que aumentaba la obscuridad, desaparecían todas nuestras energías. Nada lograba interesarnos, todo nos era indiferente,

y costaba esfuerzos indecibles concentrar la mente ó fijar nuestros esfuerzos en un plan de acción. La larga obscuridad, el aislamiento, el alimento de conservas, lo bajo de la temperatura y las tormentas acabaron por invadir nuestro organismo y traer consigo la anemia polar. Adquirimos una palidez extremada, de un tinte verdoso; nuestras secreciones fueron reduciéndose hasta el punto de quedar casi suprimidas. El estómago y todos los demás órganos pare-

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio, las **ENFERMEDADES DEL PECHO**
más eficaz las **TOSSES RECIENTES Y ANTIGUAS**
para curar las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacuée, París y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.

Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.**QUINA-LAROCHE**EL MISMO
FERRUGINOSOClorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris. 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.EL MISMO
FOSFATADO

éfan muertos y se negaban á funcionar. Los síntomas más peligrosos eran los cardíacos y cerebrales. El corazón obraba como si hubiese perdido su influencia reguladora.»

Uno de los individuos de la expedición, el teniente Danco, murió á consecuencia de la anemia producida por la larga noche polar.

Las telas de los colores brillantes

La acreditada revista médica inglesa *Lancet* publicó hace poco un artículo demostrando que el arsénico se encuentra bastantes veces en las telas teñidas de colores brillantes, y sobre todo, en las medias.

Añade que la dermatitis, ó inflamación de la piel, se ha presentado en bastantes casos, producida por el uso de medias y telas que contenían arsénico.

Esta substancia se hallaba presente, unas veces en forma soluble y otras en forma insoluble.

El mismo periódico, al examinar una colección variada de telas, encontró en ellas zinc, aluminio, cromo, estaño, magnesio y hierro.

En las telas de encarnado vivo, estas sales abundaban mucho.

Todas las telas tenían considerable cantidad de colores de anilina.

La información hecha con este motivo, demuestra, que en la mayoría de los casos la dermatitis ha sido ocasionada por el uso de telas de colores muy brillantes: y que, aunque muchas veces los tintes no eran perjudiciales, las telas contenían, sin embargo, substancias venenosas que se usaban, ya como mordientes, ya para el apresto.

Por qué duelen los callos

Nuestros antepasados de los primeros tiempos tenían que ir de caza lo mismo en buen tiempo que en malo, porque de lo contrario ayunaban; y siendo así, les sucedía lo mismo que á los caballos y que á los perros, que cuando se acerca la estación de las lluvias experimentan un endurecimiento en las plantas de las patas.

La naturaleza ha previsto esta necesidad de reforzar el «calzado» de los animales en las proximidades del invierno.

Cuando los callos crecen y duelen al acercarse el mal tiempo, en que experimentamos de repente un aumento de actividad en las papilas vasculares, y debido, en parte, al rápido crecimiento, que las oprime unas con otras, se experimenta el dolor.

Eso lo debemos á que hace algunos centenares de siglos la Naturaleza no había previsto la invención de las botas, y tomaba medidas para proteger los pies de los hombres durante las cacerías en tiempo húmedo.

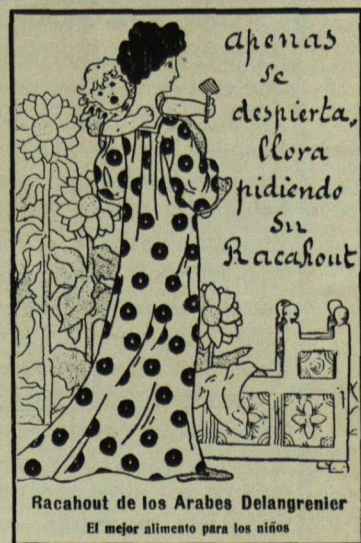


¿Ha existido algún hombre que no comiese más que una vez por semana?

Mr. Willians O. Hoyt, de Dambury (Estados Unidos), decía que para mantener la vida de un hombre es suficiente con que coma una vez por semana, pues él lo hacía así y gozaba de perfecta salud. Este señor comía solamente los domingos, y jamás padeció de enfermedad alguna. Cuando empezó su sistema de comer solamente cada siete días pesaba 120 kilos, y al cabo de un año había bajado 40 kilos de peso.

Al principio experimentó fuertes dolores de estómago producidos, indudablemente, por el hambre, pero por último logró dominarse y no sentía el menor apetito hasta los domingos, día en que tomaba sólo una comida ordinaria. El objeto de comer tan de tarde en tarde, era el de adelgazar.

El rey de Italia, Humberto, y su padre



Víctor Manuel, sólo comían una vez al día. Un empleado en los talleres de Elswick asegura que desde hace bastantes años sólo come una vez al día, porque tiene mucho trabajo y le falta tiempo para sentarse á la mesa. Los indígenas de la India también comen muy poco; la mayor parte de ellos toman un frugal alimento cada veinticuatro horas.

El mayor ruido que ha habido en el mundo

El célebre astrónomo Sir Robert Ball, en una conferencia en Londres, ha dicho que el mayor ruido que se ha conocido en el mundo, desde que existe historia, fue el producido por la célebre erupción volcánica de Krakatoa en 1883.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote bigote). Para los brazos, emplease el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Sin Rival en el Mundo.

El medicamento que más fama ha alcanzado en el mundo es la Emulsión de Scott. No hay país civilizado donde no se pronuncie su nombre con respeto, y esa reputación bien adquirida no es hija de la casualidad, sino consecuencia legítima de los buenos resultados que ha producido la medicina en las enfermedades del pecho y de la garganta, en los escrofulosos y debilitados. La asociación del Aceite de Hígado de Bacalao con los hipofosfitos de sosa y cal, como se encuentran en la

Emulsión de Scott

es una combinación feliz que proporciona los materiales para reparar los tejidos y la sangre. La infancia es la edad que más beneficios reporta de la Emulsión de Scott. Por su buen sabor es tolerada por el paladar más delicado. Así como los árboles necesitan para crecer y desarrollarse buena tierra, abono y riego; así también los niños requieren el uso de la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, que representa para ellos fuerza, salud y alegría.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Droguerías y Farmacias.

2 A

Se recordará aquella terrible catástrofe que produjo millares de víctimas. El volcán Krakatoa estaba en una isla muy diminuta, en el estrecho de la Sonda, y su explosión levantó inmensas olas que avanzando por el mar levantaron en vilo á cuantos barcos encontraron y los depositaron muy adentro de tierra firme, en Java, Sumatra y en otras partes, invadiendo la tierra y arrasándolo

LA VELOUTINE Polvo de Arroz especial preparado con Bismuto
HIGIÉNICO, ADHERENTE, INVISIBLE
MEDALLA DE ORO, Exposición Universal PARIS 1900
CH. FAY, Perfumista, 9, Rue de la Paix, Paris
(Guardarse de las Imitaciones y Falsificaciones. — Sentencia del 8 de Mayo de 1875).

FÁBRICA ESPECIAL de AFEITES de TOCADOR para PASEO y TEATRO
CREMA VELOUTINE, nuevo Coldcream. LÁPICES especiales para engruesar pestañas y cejas.
CREMA CAMELIA, CREMA EMPERATRIZ BLANCO de PERLA en polvo, blanco, róseo, Rachel.
ROJO y BLANCO en chapetas. POMADA ROJA para los labios, en botes y en rollos.
Los Productos de CH. FAY se encuentran en el Mundo entero, en casa de los Principales Perfumistas y Droguistas.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
Exigase el verdadero nombre Rehusese los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange h le' ève, Paris

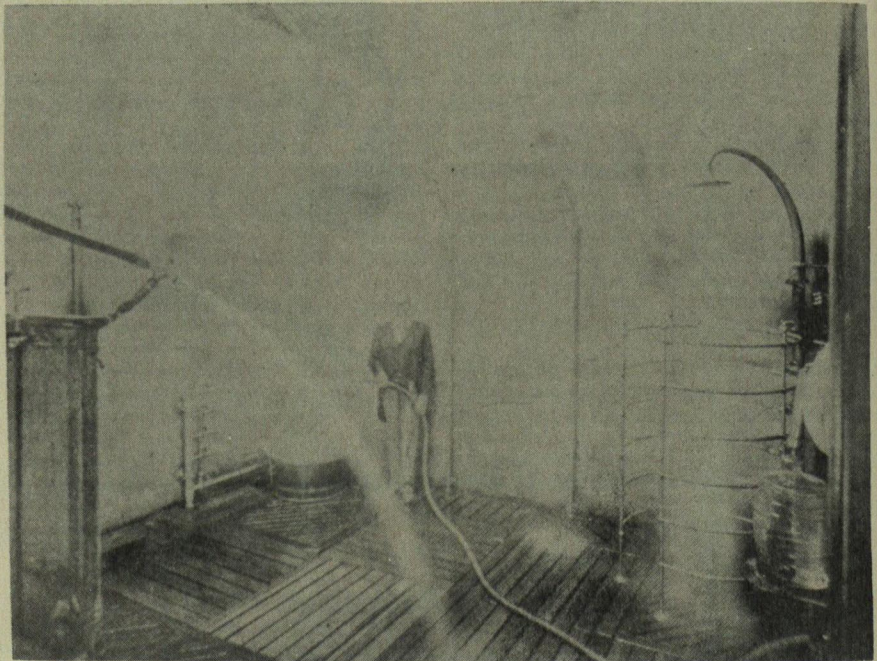


BAÑOS HIDROTERAPICOS

Baños de todos los sistemas: ducha, regadera, círculo, asiento, dorsal

SITUADOS DETRAS DE SANTA INES

Agua fría á 4 atmósferas de presión



A este importante Establecimiento, fundado por el Doctor Dubrenil según todas las prescripciones científicas, se le han hecho convenientes modificaciones en el sentido de proporcionar mayores comodidades, tanto á los bañistas que allí concurren por prescripciones médicas, como á los que van sólo por placer.

El baño es indispensable para la buena salud.

Y los baños de placer son siempre beneficiosos.

Precios módicos. Se aceptan abonos desde 10 hasta 100 baños, con descuentos de consideración.

Hay 2 departamentos separados: uno para caballeros; y otro para familias, servido por una señora.

Propietario, E. A. RENDILES.

todo á su paso. Las ondas de aire producidas por la explosión fueron tan enormes que dieron siete veces la vuelta al mundo antes de desaparecer por completo y fueron sentidas en Europa. Las inmensas masas de piedra pómez arrojadas por el volcán á una temperatura de rojo, al chocar unas contra otras produjeron nubes de polvo de la

misma materia, que fueron recorriendo la tierra produciendo aquel fenómeno que durante mucho tiempo se tomó por auroras boreales.

El ruido que produjo la explosión se sintió á 5.000 millas de distancia, de modo que tenía razón el astrónomo inglés al afirmar que ha sido el mayor conocido en el mundo.

GARGANTA
VOZ y BOCA.
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendada contra los Males de la Garganta, Extinción de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación de la Garganta, Tabaes, y especialmente a los Sufresores, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.
Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

POBREZA
DE LA
SANGRE
VINO DE BELLINI
con QUINA y COLUMBO
Este VINO fortificante febrifugo, antinevrosico, cura las Afecciones escrofulosas, Fiebre, Nervosismo, Palidez y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente a los Niños, a las Señoras delicadas y a las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades o los excesos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNE-SIA
Recomendados contra las Afecciones del estomago. Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Curaçao, octubre 20 de 1894.

Señores Scott y Bowne.

Nueva York.

Estimados señores y amigos: En mi práctica profesional tanto en mi patria, Venezuela, como en esta Isla, siempre que he escogido entre los modificadores de la nutrición el aceite de hígado de bacalao para combatir especialmente la diatesis escrofulosa, he encontrado en la «Emulsión de Scott» un agente poderoso, pues a las cualidades de aquel se agregan las de los hipofosfatos de cal y sosa, siendo además de gusto agradable y de forma oficial correcta.

Me es grato ofrecer a ustedes que siempre la indicaré a mis clientes.

De usted amigo S. S.,

M. PALACIOS RENJIFO.

La causa de muchos incendios

Investigaciones hechas acerca de las causas de incendios en los montes y en las grandes

LOS
Hombres Débiles
SE VUELVEN
FUERTES
Y ADQUIEREN NUEVA VIDA
con el uso de
esta medicina natural,
LA ELECTRICIDAD

Si Ud. toma medicinas que le son desagradables al paladar, use
LA ELECTRICIDAD
que, lejos de proporcionarle tal disgusto, le curará prontamente por ser el

GRAN REMEDIO DE DIOS

El precio de un Cinturón de fuerza doble, «EL GENUINO», \$ 1.00 por correo pago.

¿POR QUE la electricidad purifica la SANGRE?

PORQUE destruye los gérmenes dañinos que en ella se acumulan.



El año pasado se vendieron más de 500.000 CINTURONES ELECTRICOS.

Somos los más grandes fabricantes de estos CINTURONES en el mundo.

Si usted no confía de nosotros, pague a este periódico y mándenos el recibo.

Dirección: «The E. C. White Co.,» 136 Liberty Str., New York

GOTA
LICOR
DEL DR.
LAVILLE
CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS
613
REUMATISMOS

praderas han puesto de manifiesto un hecho verdaderamente inesperado.

Es que los tales incendios son muchas veces ocasionados por pedazos de botellas rotas abandonados en el campo.

En bastantes ocasiones esos trozos de botellas, con sus líneas curvas, forman un verdadero cristal de aumento, y al pasar por ellas los rayos del sol incendian la yerba seca ó las agujas de pino que hay debajo, y así se origina el fuego.

Recetas

Las plantas pueden conservarse sin que pierdan sus colores naturales empleando el procedimiento siguiente. Disuélvase una parte de ácido salicílico en seiscientos de alcohol; caliéntese la mezcla hasta la ebullición y sumérjase en ella las plantas. Sáquense á los pocos momentos y póngaselas á secar entre hojas de papel secante.

El ácido bórico es casi tan eficaz como el salicílico.

Cola para pegar el cristal.—Disuélvase al fuego 100 partes de gelatina de buena calidad, en 150 gramos de ácido acético al 96 por 100; añádase después 5 partes de bicromato de amoníaco en polvo y guárdese la mezcla en un sitio obscuro, hasta que haga falta servirse de ella.

Para limpiar los cristales de los escaparates y vitrinas conviene emplear una composición de magnesia calcinada humedecida con bencina ó alcohol, porque no deja residuos en las juntas de los marcos.

En una Exposición de horticultura celebrada en Amberes, un coleccionador ofreció 25.000 duros por tres orquídeas y no fue aceptada la proposición.

Pesetas 125.000 Pesetas
Concurso Ornitológico

Cosa enteramente nueva é interesante. Lean ustedes lo que vamos á hacer. Se pueden ganar 125.000 pesetas en especies. Nuestro concurso tiene por objeto saber quién puede hacer la lista más larga de nombres ó especies de pájaros con las letras tomadas en la lista que sigue:

**WFOZCYKQLJACPRTHMS
DRIDGNILVBRJINWAFHTX**

Aceptaremos como pertenecientes á la clase de pájaros todas las especies de las tribus aladas, sea que se hable de pájaros de corral ó otros. Pueden emplearse las letras mencionadas, tantas veces cuantas sean necesarias para formar el nombre de un pájaro, por ejemplo, Becada, Andurio, Bruya, etc.

Quienquiera que haga una lista de 25 nombres ó más, todos diferentes, tendrá absolutamente gratis un magnífico premio del valor de 5.000 pesetas; las personas que hagan menos de 25 nombres, recibirán

PREMIOS IMPORTANTES DADOS CADA DIA

Cuando se haya hecho la lista llénese la fórmula del aviso al pie, mándesenosla en un sobre y estampilla con la dirección del remitente. Entonces si ustedes obtienen un premio y desean recibirlo, tendrán que abonarse á nuestro diario *El Mundo Ilustrado*. Daremos un premio á todas las personas que nos manden una lista de 25 nombres de pájaros, y su distribución se hará como sigue: A la mejor lista llegada cada día, un reloj de oro; por la segunda, un magnífico servicio para té; por las otras siete que siguen, un diamante Konrad Selch y una sortija con un rubí; por la solución subsiguiente, una pieza de oro, y por todas las otras, premios de cierto valor. Estos premios serán enviados diariamente. No se tendrá que esperar mucho tiempo para conocer el resultado. No se trata de rifas; todas las soluciones recibidas en el día, sea en la mañana ó en la tarde, toman parte en el concurso de la misma manera.

Lo único que hay que hacer es enviarnos este aviso, con su lista, y si ésta es la mejor entre las que se hayan recibido durante el día, tendrán derecho ustedes á un reloj de oro, ó al servicio para té, ó otros premios conforme á la clasificación que hayan obtenido. Nosotros les garantizamos que ustedes obtendrán un premio. No hay ningún interés en engañarles. Deseamos tener un millón de lectores, satisfechos de nuestro diario, y por esta razón no pedimos el dinero antes que ustedes sepan exactamente cuál es el premio que les tocará por la solución que habrán hecho. Todos los días, á las cuatro, los examinadores se reunirán para juzgar las mejores soluciones recibidas y designar los premios concedidos á los competidores. Les escribiremos en el acto para notificarles el premio que les ha sido concedido, y si ustedes están completamente satisfechos, pueden enviarnos el importe de su abono á *El Mundo Ilustrado* y el premio les será enviado á vuelta de correo, en un paquete postal bien embalado. A las personas incrédulas parecerá imposible que nosotros podamos hacer tan gigantesca oferta, pero como poseemos el dinero, los medios y la reputación, sabemos exactamente lo que hacemos; y si podemos conseguir un millón de abonados, gracias á esta grande idea, no dudamos que este millón de lectores no titubearán en recomendar con ardor nuestro diario *El Mundo Ilustrado* á todos sus amigos, y por consiguiente ayudarán á la difusión del diario. Tenemos la intención de gastar 125.000 pesetas para estos concursos, y cuando esta cantidad esté acabada, nos reservaremos el derecho de hacer publicar un aviso anunciando que el concurso ha terminado. No tarden demasiado. Este concurso estará abierto hasta el 1º de enero de 1902.

Daremos un premio especial de 1.250 pesetas, independiente de todos los otros premios, á la persona que nos envíe la lista reconocida como la mejor y más artísticamente hecha. Nuestro Comité hará cada día la distribución de los premios indicados arriba, pero el premio especial de 1.250 pesetas solamente será acordado en el mes de marzo de 1902. Aceptamos todos los nombres de pájaros que se encuentren en el diccionario. *El Mundo Ilustrado* tiene muy buena reputación, y es conocido como cumplidor de sus promesas. Las referencias pueden ustedes tenerlas en todas las agencias de publicidad y por negociantes en Londres.

Nombre.....

Dirección: «EL MUNDO ILUSTRADO,» 626, Chiswick High Road, Londres, W., Inglaterra.

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICIA
Da al cutis la blanca acarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazar.



USOS PRINCIPALES DE LA PHOSPHADINE FULLIÉ

DE LA
"MOORTON FOOD COMPANY"
Producto recomendado por los primeros
facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la Anemia
Embarazos y detención
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :
Bs. 2,50

ALIMENTO COMPLETO

DE
Fácil digestión para todas las edades
de la vida

PHOSPHADINE FULLIÉ

CARACAS LONDRES

1900

Exíjase la firma :

Fullié & Ca.

CARACAS

y la marca registrada : Cruz blanca

N. B.—Consérvese la latita siempre tapada y en lugar seco.

Los sordos oyen.—El número 27 de *El Mundo Ilustrado*, 626, Chiswick High Road, Londres, W., Inglaterra, contiene la descripción de una curación maravillosa de la sordera y del zumbido en las orejas, la cual puede hacerse en casa, y es considerada como infalible. Este número se enviará gratis á las personas que manden su dirección al editor de dicha Revista.

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

Cerveza de bolsillo

La guerra de Transvaal está sirviendo de campo de experimentos para una porción de invenciones.

Una de ellas ha sido la de la cerveza condensada en forma de gelatina, que ha sido ya repartida á las tropas inglesas, y que según parece ha tenido un éxito completo.

Con sólo añadir al líquido condensado la proporción de agua necesaria, se convierte en una cerveza exquisita la jalea, que va encerrada en latas. La fermentación se verifica con mucha rapidez después de mezclada en agua, y es imposible distinguir la «cerveza de conserva» del líquido que sale de las mejores cervecerías inglesas y alemanas.

De hoy en adelante, la cerveza condensada figurará entre los suministros que se dan á las tropas inglesas en campaña. Su único inconveniente es que cuesta algo más cara que la líquida, lo cual hará que durante algún tiempo no entre en uso general.

Las emigraciones de los cangrejos

El cangrejo de mar no es un animal sedentario ni mucho menos; gusta naturalmente

de los viajes y así se ha comprobado no hace mucho con experimentos hechos por la Comisión de Pesquerías de Escocia.

Al efecto cogióse gran número de estos crustáceos, se les hicieron unas señales y se les dejó en libertad, pasando aviso á los pescadores de la costa para que siempre que encontraran un cangrejo de los marcados avisasen á la Comisión, indicando la fecha y el sitio en que había sido hallado. Muchos cangrejos de aquellos fueron en efecto cogidos á distancias, que hicieron saber que hay cangrejos que recorren varios kilómetros en pocos días. Un cangrejo soltado en Dunbar en setiembre del año pasado fue cogido á principios de mayo del actual en la bahía de San Andrés; había atravesado por lo tanto un río que en aquella parte tiene veinticinco kilómetros de ancho.

Además de sus emigraciones á lo largo de las costas, los cangrejos hacen todos los años dos emigraciones regulares: en invierno se van á las aguas profundas, lejos de la costa, para encontrar más calor; en verano hacen la emigración inversa y vienen á las playas.

En esto siguen la misma ley que muchos peces.

EN EL CEMENTERIO GENERAL DEL SUR DE ESTA CIUDAD

Se venden 40 metros cuadrados de terreno pavimentado, cercado con hermosa baranda de hierro y acera. Encuéntrase en buen punto, al lado de una calle.

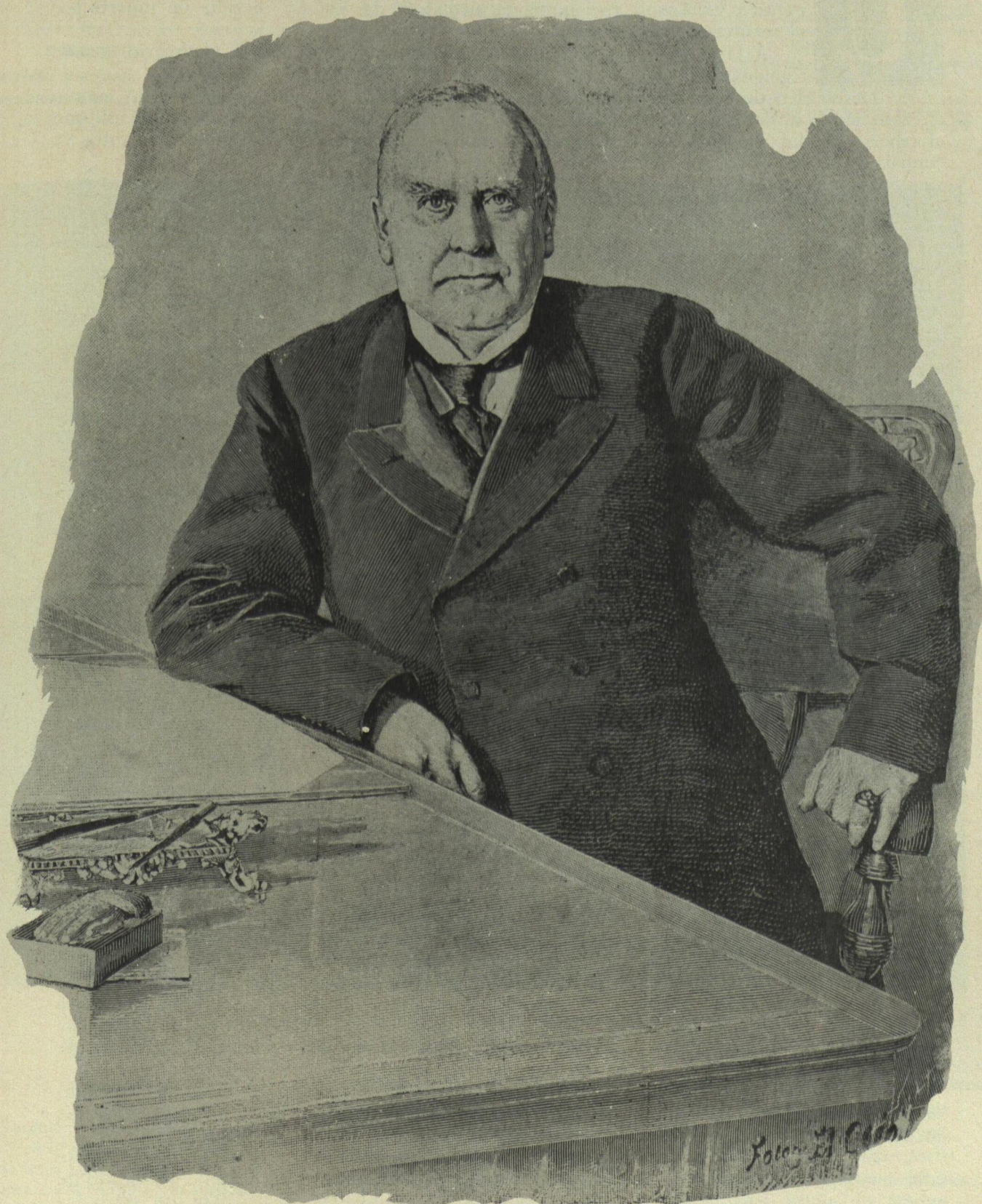
En la Marmolería de J. Roversi darán informes.—Caracas, Venezuela, de La Palma á San Pablo, Oeste 8 número 22.



Trabajo de la Marmolería de Julio Roversi: Panteón de la familia Rodríguez Díaz, en el Cementerio de Caracas

La casa de Julio Roversi se ocupa también de instalaciones completas para alumbrado de gas acetileno, y vende por mayor y detal: accesorios, carburo de calcio, lámparas y aparatos fijos y portátiles.

Acepta órdenes para toda clase de trabajos en cemento natural ó granetizado, y hace proyectos de construcciones con ó sin ejecución.



MC. KINLEY, Presidente de los Estados Unidos de América
† el 14 de Septiembre de 1901.



N mes después de haberse cumplido el primer aniversario de la tragedia de Monza, donde el revólver del anarquista Bresci, fina la existencia del «rey gentil y valeroso,» cae también otro Jefe de Estado, herido de muerte por el revólver de otro anarquista.

A Humberto, como víctima, sucede Mc. Kinley; á Bresci, victimario, sucede Czolgosz.

Desde el 6 de setiembre, día en que fue herido, hasta el 14, día en que falleció, estuvo el cable dando noticias por demás satisfactorias acerca del estado de Mc. Kinley. De allí que al saberse el fatal desenlace de la tragedia de Buffalo, sorprendiera vivamente á cuantos ya confiaban en la salvación del Presidente de los Estados Unidos.

Ha tiempo que más de un sociólogo sagaz había observado como un peligro para la Gran República la libertad casi ilimitada de que allí venían disfrutando los anarquistas. Sus periódicos, escritos en todos los idiomas, constituían la más fanática apología del asesinato político; los nombres de Vaillant, Henry, Caserio, Angiolillo, eran exaltados como nombres de mártires de una gran causa; y recuérdase que en Ginebra, precisamente cuando se ultimaba el proceso contra el matador de Isabel de Austria, vendíase públicamente *El Grito del Pueblo*, periódico anarquista de New York, donde el vil asesino de una noble mujer era glorificado como un mártir de la anarquía.

¿A dónde, después del nuevo crimen, consumado en el país que les prestara más franca hospitalidad, irán á plantar su tienda los sangrientos enemigos del orden existente?

Perseguidos en el Norte, perseguidos en Europa, acaso vagarán, como el judío de la leyenda, de pueblo en pueblo, de nación en nación, de un término á otro, temidos y odiados, vigilados por todos y amenazados por las leyes.



El gran mérito de Mc. Kinley consistía, principalmente, en la suma de esfuerzos propios que integraban su existencia. Su política extranjera,—expansionista ó imperialista, como quieran llamarla,—no es el efecto de una ambición que se agranda en la suprema altura del poder, sino la resultante lógica de su vida ascendente en la actividad pública y la práctica interpretación de los cánones que fijan el desideratum del partido que venía confiándole el sagrado depósito de sus intereses. Que esa política, como suponen los más, es la fuerza amenazando al derecho, postulado es éste que no nos toca analizar al pie de una tumba que acaba de cerrarse. En la vida política, toda acción que de ella dependa es compleja y sólo el tiempo es el que en definitiva puede presentar los hechos depurados. La filosofía de la historia es el gran crisol. Por otra parte, nosotros somos los menos llamados á aventurar conclusiones en estos momentos, pues si es verdad que estamos palpando cómo absorbe la política imperialista á Cuba y Puerto Rico, no podemos olvidar que una orientación de esa misma política resolvió enérgicamente nuestro secular litigio con la Gran Bretaña.



Discurre humildemente la adolescencia de Mc. Kinley en un establecimiento metalúrgico de Ohío, donde su padre ejercía el simple cargo de contraamaestre. La guerra separatista ofrece amplio campo á sus secretas aspiraciones; incorpórase resueltamente en las filas gubernamentales y á poco comienzan á acentuarse allí los primeros lineamientos de su futura personalidad.

Después de haber ganado sus grados en el campo de batalla, dedícase al estudio del derecho, distínguese en el foro, y á los 35 años ocupa una curul en el Congreso, durante el Gobierno de Garfield, quien fue asesinado como él, ejerciendo la Presidencia de la República.

Desde esa época se aplicó exclusivamente al estudio de las leyes de hacienda; y tanto en el Gobierno de Ohío como en el Capitolio de Washington llevó á la práctica las doctrinas económicas que, como orador, fueran objeto de sus discursos sobrios y precisos.

Era de carácter frío y de voluntad de hierro, escribe uno de sus apologistas; de talla mediana y sólidamente constituido. Tenía ancha la frente y el cabello sembrado de hebras de plata. Sus actitudes, que la crítica juzgó estudiadas, recordaban un poco las del primer Napoleón; y su fisonomía expresaba una extrema reserva, sin excluir el buen humor.

Al condenar el crimen de que ha sido víctima el Presidente de los Estados Unidos de América, consagramos á su memoria respetuoso homenaje.